
BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
Selección TERROR
Adam Surray


BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
Selección TERROR
Adam Surray
EL ANILLO DE ASFELGOR

SELECCION

TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

538 — *¡Excursión al infierno!*. Joseph Berna.

539 — *La mano leprosa.* Curtis Garland.

540 — *La muerte pregunta por ti*. Ada Coretti.

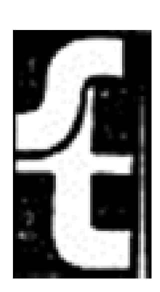
541 — *Terror en la Antártida*. Joseph Berna.

542 — *¡Excursión al infierno!* - Joseph Berna.

ADAM SURRAY

EL ANILLO DE ASFELGOR

Colección
SELECCION TERROR n.° 543



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 84-02-025064

Depósito legal: B. 23 132 -1983

Impreso en España —Printed in Spain

1. ª edición en España: agosto, 1983
1. ª edición en América: febrero, 1984

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. *A.***
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona —1983

CAPITULO PRIMERO

El auto se detuvo a poca distancia de la casa.

El vehículo, un Oldsmobile «Starfire» color negro, se confundió entre las sombras de la noche. No había luna en el negro manto del cielo. Ni estrellas. La oscuridad era total. Las más tenebrosas de las sombras parecían haberse adueñado de la noche.

Ben Williamson sonrió.

Nerviosamente.

—Ahí está... el castillo del conde Drácula.

— No es momento de bromas, Ben.

Ben Williamson mantuvo la sonrisa en los labios. Una sonrisa muy forzada. No estaba bromeando. Imposible hacerlo ante la visión de aquella casa.

Se alzaba en lo alto de la colina. La mansión del conde Stratten. Con su torreta en la parte posterior. Una casa de dos plantas. Amplia. Con ventanas enrejadas. Unas artísticas rejas que representaban serpientes extendidas. Un porche en la fachada principal. Sostenido por gruesas columnas. La casa estaba cercada por árboles. Altos y lúgubres Cipreses.

Había niebla. Una densa bruma que envolvía la mansión. Haciéndola aún más siniestra. Los Cipreses semejaban fantasmagóricos gigantes brotando de las entrañas de la tierra. Williamson desvió la mirada.

Apartándola de la colina.

De aquella casa...

Y sus ojos se posaron sobre Paula Randner. A su lado. Frente al volante. Un duro contraste. De la tenebrosa mansión... al turbador encanto de Paula.

Una mujer joven. De unos veinticinco años de edad. Rostro marcadamente sensual. Con unos ojos de intensa y provocativa mirada. Al igual que sus labios. Unos labios gordezuelos de incitante curva.

La muchacha luda un atrevido vestido en talle bajo y canesú de volantes. Muy cortito. Mostrando generosamente las piernas enfundadas en oscuros pantys.

—No estoy bromeando, Paula. De seguro que el castillo del conde Drácula no resulta tan... siniestro como esa casa.

—¿Quieres decir...? ¿Tienes miedo, Ben?

—Yo no...

La cantarina carcajada de la muchacha interrumpió a Ben Williamson. Este enrojeció a la vez que apretaba con fuerza los labios.

—Un viejo... ¡Casi un anciano! Está solo en la casa, Ben. No hay nadie con él. Los dos sirvientes se han ausentado por indicación del conde Stratten. Como todos los martes pasarán la noche fuera. Siempre quiere que estemos a solas. Para poder... trabajar mejor.

—No tengo miedo a Peter Stratten.

Paula mantuvo la sonrisa en sus gordezuelos labios. Una sonrisa que se hizo sensual al tender sus brazos hacia Williamson. Entrelazó las manos tras su nuca. Aproximándose a él.

—Todo saldrá bien, Ben. No puede fallar. He llegado a conocer a ese viejo verde. Un aristócrata. Un refinado y elegante caballero... Es como todos. Me percaté de ello desde el primer día. Cuando descubrí su viscosa mirada en el escote de mi vestido. Son ya dos meses, Ben; aunque sólo acudo una vez por semana. Los martes. Ocho sesiones de trabajo. Y semana a semana, las miradas de Peter Stratten se han hecho más insinuantes, más audaces, sus furtivas caricias más osadas... Me he mantenido distante. Fría. Simulando ignorar sus lascivos deseos. El pasado martes, con muy poco tacto, sugirió la posibilidad de darme una generosa gratificación a la conclusión de mi trabajo. Quedé en responder hoy a su velada insinuación. Se llevará una gran sorpresa al encontrar una Paula dulce y cariñosa... No debes preocuparte, Ben. No serás molestado. Yo me encargaré de ello. Mantendré al conde Stratten muy... ocupado.

Los labios de la joven se posaron sobre los de Williamson.

En apasionado beso.

Aquello pareció animar a Ben Williamson. Su sonrisa dejó de ser forzada.

—¿De seguro resultará un buen negocio, Paula?

La muchacha se reclinó en el asiento del auto. Sus ojos adquirieron un súbdito brillo. Un destello de codicia.

—Conoces mi trabajo ahí, Ben. Fui contratada para valorar la biblioteca de Peter Stratten y ordenar los libros, pergaminos, publicaciones antiguas... Todos los martes dos horas de intenso trabajo. Ya estoy llegando al final. Una semana más y habrá terminado mi asesoría.

—¿El conde Stratten quiere vender su biblioteca?

—En efecto. Le han hecho ya varias ofertas, pero él quiso antes conocer el valor real de su biblioteca para evitar ser engañado. Y

acudió a una agencia de servicios. El destino quiso que yo fuera enviada aquí.

Ben Williamson tendió su diestra hacia el salpicadero del auto.

Tomó la cajetilla de tabaco.

—No se comporta como un individuo forrado de dólares… Mal debe estar para desprenderse de su biblioteca. Yo jamás lo haría.

—¿De veras? —rió Paula, divertida —. Tu biblioteca se limita a novelas de Spillane y algún que otro pornográfico.

—Muy graciosa.

—Esa casa encierra joyas de incalculable valor —dijo Paula, borrando la sonrisa de sus labios. Acudió de nuevo el codicioso destello a sus pupilas—; pero también requiere mucho gasto el mantener el caserón. El conde Stratten se desprende de su biblioteca. Recibirá muchos miles de dólares por ella, Ben. He catalogado incunables de extraordinario valor, pergaminos que harían palidecer de envidia al mejor de los archivos bibliográficos… Es como cortar un tentáculo al gran pulpo. Hay infinidad de objetos de valor en la mansión del conde Stratten. Los he visto con mis propios ojos. Todos ellos sin contar con su… cámara del tesoro.

Williamson succionó el cigarrillo.

Repetidamente.

—Estaría más tranquilo de saber qué se encierra en esa torreta…

—Te he hablado de ello, Ben —replicó Paula, vivamente—. Su cámara del tesoro. El mismo Peter Stratten lo dijo. Esas fueron sus palabras. Añadió que allí encerraba algo imposible de valorar. Junto con otros objetos muy apreciados por él. En especial una joya. Algo que no había dinero en el mundo capaz de comprar. Mostré curiosidad por conocer el interior de esa cámara; pero el conde Stratten se negó. Ello hizo incrementar mi interés. De poco sirvió mi arte de seducción para conseguir que Stratten me mostrara su habitación secreta; aunque si logré algo importante. El molde de la llave. Una llave que Peter Stratten siempre lleva colgando de su cuello. Fue fácil conseguir el molde. Con sólo acentuar un poco el escote de mi vestido, ignorar una furtiva caricia de Stratten… y aquí están. La de la casa fue aún más sencillo. Un día la encontré sobre el mueble del living.

Paula abrió su bolso de mano.

Extrajo dos relucientes llaves que tendió hacia Williamson.

—¿La pequeña es…?

Paula hizo una mueca.

—Demasiado sabes que si. ¡Esta! ¡Oh, Ben…! ¿Qué te ocurre? Hemos hablado horas y horas de ello. Esta llave pequeña es la de la

torreta... la de la cámara secreta... La otra es la que abre la puerta de la casa... Te he hecho un plano de todo el interior...

—Lo sé, lo sé...

Paula consultó su reloj de pulsera.

Desvió los ojos hacia Williamson.

—Ya debo irme. Es la hora de mi llegada. Recuerda, Ben... El ventanal de la izquierda, en la planta baja, el ventanal de la fachada principal... Es la biblioteca despacho. A los pocos minutos de mi llegada, se encenderá la luz. Y después, a los... calculo unos diez minutos, yo haré que esa luz se apague y accionaré una lámpara de pie. Esa será la señal. Podrás avanzar con toda tranquilidad. Yo estaré entonces en brazos de Stratten.

—Los dormitorios están en la primera planta. Peter Stratten puede obligarte a que...

—¿Obligarme? —interrumpió Paula—. Ese viejo baboso come en mi mano, Ben. La escena será en el sofá de la biblioteca. La prolongaré al máximo. Para que tú puedas actuar con tranquilidad. Limítate a las joyas, Ben. Sólo las joyas, ¿de acuerdo?

—Si.

—Y no olvides la señal convenida —añadió Paula, sonriente—. El canto del búho. Cerca del ventanal. Eso me indicará que ya te encuentras fuera de la casa y con el botín. Williamson tomó las dos llaves.

También sonrió.

—Espero que me salga bien el imitar al búho.

—Tampoco te inquietes por ello. El conde Stratten ni tan siquiera reparara en el sonido. Yo mantendré ocupados sus cinco sentidos. Hasta luego, amor.

Unieron sus labios.

Largamente.

Ben Williamson, antes de descender del vehículo, retiró del salpicadero unos finos guantes de piel. Se los ajustó al pie de la cuneta. Mientras contemplaba como el Starfire encendía los faros e iniciaba la marcha por la sinuosa y pronunciada carretera.

Williamson permaneció inmóvil.

Hasta presenciar como el auto desaparecía como tragado por los altos Cipreses que cercaban la mansión del conde Stratten.

Fue entonces cuando comenzó a caminar. Envuelto en la oscuridad de la noche. No avanzó por la carretera. Esta, sin asfaltar, podía recoger sus huellas. Una medida de precaución aconsejada por

Paula.

Ben Williamson se adentró por entre la espesura realizando un cono rodeo hasta alcanzar lo alto de la colina.

La mansión de Peter Stratten no estaba protegida por muralla alguna. Sólo aquellos altos Cipreses. Aquellos tétricos árboles que parecían inclinarse ceremoniosos hacia la casa del conde Stratten.

Williamson quedó agazapado entre las sombras.

A poca distancia de la casa.

El ventanal de la fachada principal, en la planta baja, a la izquierda, ya estaba iluminado. Con aquellas rejas en forma de alargadas serpientes. Un cortinaje oscuro protegía los cristales. También había luz en la cristalera superior de la puerta de entrada. Apenas un resquicio. Sin duda iluminación procedente del living.

Ben Williamson se pasó el dorso de la enguantada mano por la frente.

Estaba sudando.

Era un sudor frío.

Ajeno a la calurosa noche.

También se percató del ligero temblor de sus manos. Muy comprensible. Era la primera vez que iba a cometer un robo. Lo hacía por Paula. Por ella era capaz de todo.

Una mueca se reflejó en el rostro de Williamson.

Se estaba mintiendo a sí mismo.

Cierto que Paula había influido poderosamente. Fue ella quien, con gran sorpresa para Williamson, se lo sugirió. Fue en un día de grandes sorpresas para Ben Williamson. Conocía a Paula desde hada muchos años. Compañeros de juegos infantiles en el Barrio Hooks de San Francisco. Williamson trabajaba en una empresa especializada en medidas de seguridad. Cajas fuertes, puertas blindadas, sistemas de alarma… Había perdido el rastro de Paula Randner. Ella había abandonado Barrio Hooks hacía ya mucho tiempo. Hasta que un día se encontraron de nuevo. Ben Williamson empezaba a sospechar ahora que el encuentro no fue casual.

Poco importaba.

Williamson se llevó una gran alegría. Paula fue su primer y nunca olvidado amor. Su novia en los juegos infantiles… Y allí estaba. Frente a él. Seductora. Bella como una diosa.

Ben Williamson volvió a pasar el dorso de la diestra por la frente.

Rememoró su estupor de encontrarse en los brazos de Paula en aquel hotel de Barrio Hooks. Su entrega. Sus caricias… Una noche de

amor que culminó con una sorprendente confesión. El plan de Paula para robar en la mansión del conde Peter Stratten.

Williamson aceptó.

Empujado por Paula... y también por las deudas. Estaban los hombres de Ralph Sanderson. Individuos sin escrúpulos. Dispuestos a todo. A ellos debía una importante cantidad perdida en el juego.

De ahí que Ben Williamson aceptara.

Lo que Paula le ofrecía era algo de fuerte beneficio y mínimo riesgo. Ella le entregaría las llaves, el plano de la casa... y se encargaría de Peter Stratten. Nada de violencia. Un asunto fácil.

Sin riesgo.

Sólo que Ben Williamson ignoraba como era la mansión del conde Stratten.

Y no bromeaba al compararla con la del conde Drácula.

Era en verdad siniestra. En especial la torreta. Situada en la parte posterior. En una de las esquinas. Allí se emplazaba la cámara secreta del conde Stratten. Su cámara del tesoro.

Y los Cipreses.

¿Por qué Cipreses alrededor de la mansión?

Ben Williamson siempre creyó que eran árboles exclusivos de los cementerios. Y allí estaban. Cercando la casa. Silenciosos. Como gigantescos fantasmas. Apenas movían sus ramas. En un silencio que resultaba ensordecedor para Williamson.

Se apagó la luz del ventanal siendo de inmediato reemplazada por una mortecina iluminación casi imperceptible tras el cortinaje oscuro.

Ben Williamson respiró con fuerza.

Había llegado el momento.

Avanzó hacia la casa. Por uno de los laterales. Evitando el situarse frente al porche. Alzó la mirada. Instintivamente sus ojos fueron hacia la alta torreta.

Y Ben Williamson quedó inmóvil.

Pálido.

Contemplando estupefacto la débil luz que asomó por el circular ventanuco de la torreta.

CAPITULO II

Fue como la mortecina llama de un quinqué.

Pasó muy fugaz.

De inmediato dejó de reflejarse en el tragaluz de la torreta.

Ben Williamson sacudió la cabeza. Parpadeó repetidamente. Y luego fijó la mirada en el ventanuco circular. En aquella oscura oquedad. Ya sin el menor resplandor de luz. Un agujero negro que destacaba en la fría pared de la torreta.

Williamson sentía que la sangre le golpeaba con fuerza en las sienes.

Al igual que su corazón.

Podía percibir su descompasado latir.

Había sufrido una alucinación. No había nadie en la torreta. En la mansión sólo se encontraban Paula Randner y Peter Stratten. En la biblioteca. En la planta baja.

Ben Williamson tragó saliva.

Quiso forzar una sonrisa, aunque sólo el esbozo de una mueca se reflejó en su rostro. Tenía que tranquilizarse. Recuperar su aplomo. Se estaba dejando impresionar por aquella casa, por los Cipreses, por la tenebrosa oscuridad de la noche, por aquel silencio de… de cementerio. Avanzó hacia la casa.

Sigiloso.

Como una sombra más de las que pululaban fantasmagóricas por entre los Cipreses. Originadas por la tenue brisa que empezaba a actuar.

Ben Williamson subió los dos escalones del porche.

En su enguantada diestra una de las llaves. La más grande. La que franqueaba la puerta de entrada a la casa. La introdujo en la cerradura. Fue girando a la vez que empujaba la hoja de madera.

Ningún sonido.

Ni el más leve chirriar.

Ben Williamson si consiguió ahora esbozar una sonrisa. Todo salía tal como había sido planeado por Paula. También ella le advirtió que la puerta no le delataría.

El reducido living estaba iluminado por una lámpara que pendía del techo.

Williamson cerró tras de sí.

Cuidadosamente.

Quedó unos instantes inmóvil. Dirigiendo su mirada hacia la izquierda. Al inicio del corredor. Tras una de las puertas sonaba la ahogada risa de Paula. Y también un ronco jadear. Perfectamente audible para Williamson.

Sí.

Los cinco sentidos de Peter Stratten estaban ahora muy ocupados.

Ben Williamson avanzó hacia la abierta puerta que comunicaba con el espacioso hall. Al fondo divisó la escalera que conducía a la primera planta. Su zurda fue hacia uno de los bolsillos de la chaqueta. Extrajo una plana linterna. Iluminó uno a uno los peldaños.

Subió con lentitud.

El tictac de un reloj de pared resonaba acompasado al fuerte latir del corazón de Ben Williamson.

Llegó a lo alto de la baranda.

A la izquierda el corredor en forma de «L» con puertas a ambos lados. Allí, según el plano proporcionado por Paula, se emplazaban los dormitorios.

A la derecha...

La torreta.

Un súbito escalofrío se apoderó de Ben Williamson. Como si una gélida mano se deslizara por su espalda. El rostro perlado de gruesas gotas de sudor. Acusando un extraño temor. Avanzó hacia la derecha.

Iluminó con la linterna el recodo. Y los tres altos escalones que conducían a la puerta de la torreta.

El foco de luz fue recorriendo detenidamente el marco. Todo el quicio. En busca de algún sistema de alarma oculto que, de inmediato, hubiera sido descubierto por Williamson. Era una experto en instalaciones de medidas de seguridad. No encontró nada sospechoso.

La puerta era de gruesa madera. Una madera que parecía muy antigua. Con adornos metálicos protectores. También destacaba el pomo. Una serpiente enroscada. De bronce. Mordiéndose la cola.

Ben Williamson tomó la segunda llave.

Una llave de doble dentado.

La introdujo en la cerradura. Con la linterna enfocada sobre la puerta. Hizo un leve movimiento de muñeca. Primero hacia la derecha. Al encontrar resistencia, cambió el giro. Se escuchó un tenue chasquido. Y luego el deslizar del cierre.

Williamson ahogó un suspiro.

Fue empujando la pesada hoja de madera a la vez que retiraba la llave de la cerradura. Apenas entreabrir la puerta se percató de que había luz en el interior. Eso le hizo quedar inmóvil y apagar su linterna. Durante unos instantes. Rígido. A la expectativa.

Ningún ruido.

Ben Williamson volvió a empujar la puerta.

Asomándose con prudencia.

La estancia era reducida. Cuadrangular. La débil iluminación procedía de un quinqué. Una lámpara de gas colocada sobre la repisa. Próxima al circular ventanuco.

Williamson cerró tras de si.

Permaneció con la espalda apoyada sobre la puerta. Con los ojos cerrados. Respirando con fuerza. Dando salida a sus acumulados nervios.

Súbitamente percibió aquel contacto.

Sobre su oreja izquierda.

Un algo sedoso. Suave. Como si un mechón de cas- bellos se deslizara por su oreja izquierda.

Ben Williamson controló a duras penas un grito a la vez que se separaba con brusquedad.

Y entonces descubrió al gato.

Un gato negro de ojos muy brillantes. Sobre la repisa. Una especie de alacena que circundaba toda la estancia.

—Maldito animal... Buen susto me has dado...

El gato avanzó por la repisa. Muy lentamente. Hasta situarse junto al ventanuco. Con su cuerpo empujó el quinqué.

Y Ben Williamson sonrió.

Más tranquilo.

Ahora comprendía aquella luz en el ventanuco de la torreta. El condenado gato empujando el quinqué...

Williamson no encendió la linterna. No era necesario. Aquel quinqué, aunque de mortecina luz, era más que suficiente. Tampoco había gran cosa que ver.

Reparó en la mesa de mármol situada al fondo. Pegada a una de las paredes. Como si fuera un altar. Con candelabros a cada extremo. Candelabros negros. Un voluminoso libro sobre la piedra. Un libro abierto y con una calavera sobre sus páginas.

Había más libros sobre las estanterías.

Y también figuras. Diabólicas figuras de seres monstruosos. Deformes. Pequeñas estatuillas que parecían representar a toda la corte infernal.

Ben Williamson parpadeó.

Perplejo por todo aquello. La supuesta cámara del tesoro se limitaba a unos libros y unas figuras sin valor. Fue entonces cuando reparó en el círculo dibujado en el suelo. Frente al altar. Un círculo encerrando un triángulo.

Y allí estaba el cofre.

Una pequeña arqueta alargada en el centro del triángulo.

Williamson se aproximó, aunque no llegó a pisar el círculo. Se detuvo sobresaltado por el súbito chillido del gato. El animal se había encorvado. Con la boca abierta. Asomando sus colmillos. Con los ojos muy brillantes. Como ascuas encendidas. Llameantes…

—¿Qué te ocurre, maldito animal? —masculló Williamson—. No me molestes o te aplastaré contra la pared.

El gato, como si quisiera responderle, acentuó sus chiflidos hasta convenirlos en espeluznantes gemidos guturales. Casi infrahumanos. Los ojos del animal parecían despedir fuego. Se encorvó aún más. Erizando su negro pelaje. Removiéndose inquieto sobre la repisa.

Ben Williamson se adentró en el círculo dibujado en el suelo.

Se inclinó para coger el cofre.

Fue al tocarlo con la zurda, cuando el gato saltó sobre Williamson. Este se percató de ello. Alertado por el alucinante chiflido del animal. No logró esquivar la fiera acometida. El gato, en su felino salto, se curvó en el aire adelantando las cuatro patas hacia el rostro de Williamson. Cuatro auténticas garras que arrancaron jirones de piel.

Ben Williamson aulló de dolor.

Con el cofre golpeó al enfurecido gato mientras que con la mano derecha pugnaba por apartarlo de su rostro. Las zarpas del animal arañaban con violencia. Una y otra vez. Desgarrando. Trazando profundos surcos sanguinolentos en el rostro de Williamson. Una de aquellas garras se cebó sobre el ojo izquierdo de Williamson. La ferocidad del animal era sorprendente. Sin cesar en sus infrahumanos gañidos.

Ben Williamson logró que su diestra aferrara al animal.

Tiró con fuerza.

Justo en el momento en que la garra del gato se encontraba engarfiada sobre su ojo izquierdo.

El alarido de Williamson fue sobrecogedor. Arrojó al animal contra la pared para seguidamente llevar su mano derecha al ensangrentado rostro. Percibió algo viscoso que colgaba goteante.

El horror pareció enloquecer a Williamson.

Sin dejar de aullar corrió hacia la puerta.

Con el rostro convertido en una máscara de sangre. Desgarrado por rojizos surcos que mostraban jirones de piel. Con el sanguinolento ojo izquierdo colgando fuera de la vacía cuenca…

CAPITULO III

Peter Stratten vestía con su habitual elegancia y distinción. Incluso estando en su hogar. Un traje de excelente corte. En tono oscuro. La corbata de seda ador nada con un pasador de oro. Únicamente resultaba poco distinguido aquella cadena que colgaba de su cuello. Sosteniendo una llave de doble dentado.

—¿Cuánto le pagan por su trabajo aquí, señorita Randner?

Paula se encontraba frente a la artística mesa del despacho biblioteca.

Una mesa realizada en roble e incrustaciones de palo santo. La sillería tapizada en fina piel. La biblioteca ocupaba toda una pared de la espaciosa estancia. Mueble en lupa de roble e incrustaciones de palo santo. En uno de los rincones, una arquimesa del siglo XVI tallada a mano. En nogal, ébano y boj. Adornada con artístico bronce.

—Dudo que le interesen mis honorarios, señor Stratten —replicó Paula, con encantadora sonrisa — . Usted paga directamente a la agencia de servicios.

—En efecto, pero tengo interés en conocer su sueldo. Estoy muy contento por la labor realizada. Ha demostrado unos amplios conocimientos y una extraordinaria capacidad de trabajo. Ya casi hemos terminado, ¿verdad?

Paula asintió.

Respirando con fuerza.

—Cierto. Sólo queda por clasificar un pequeño lote. Lo demás ya está todo ordenado y tasado.

Peter Stratten no respondió.

Su mirada se había centrado sobre el ajustado vestido de Paula. Sobre los senos aprisionados bajo la tela. Acentuados al máximo con aquel suspirar femenino.

El rostro de Peter Stratten aparecía surcado por marcadas arrugas. Un rostro delgado. Enteco. Pálido. Destacando unos ojos hundidos y protegidos por pobladas cejas. Boca de finos labios.

Peter Stratten ya había alcanzado la frontera de los setenta años. Su enfermiza complexión resultaba engañosa. Se mantenía fuerte y ágil.

—¿No quiere responder a mi pregunta, señorita Randner?

—Bien... Recibo ciento cincuenta dólares por cada sesión de

trabajo.

—¿Ciento cincuenta? —se escandalizó Stratten—, Pero... ¡yo pago más del doble a la agencia!

Los carnosos labios de Paula sonrieron.

—Es lógico. Los beneficios de la agencia de servicios deben ser...

—¡Es una injusticia, señorita Randner! —interrumpió Peter Stratten—. Usted merece mucho más. Estoy dispuesto a darle una gratificación.

—Es usted muy generoso, conde.

Peter Stratten chasqueó la lengua.

—Olvide ese tratamiento, por favor... En los Estados Unidos queda ridículo. Es una herencia de la vieja y caduca Europa. Mi difunto padre si parecía orgullo so de mostrar su título de conde por las tierras californianas; pero yo soy más realista. Consciente de mi época. Estamos terminando el siglo XX. El título de conde es algo desfasado y... —¡Miles de mujeres californianas sueñan con ser condesas!

La exclamación de la muchacha hizo entornar los ojos de Peter Stratten.

Centró su mirada en Paula. Una mirada muy poco aristocrática. Insolente. Obscena. Recreándose en el cuerpo femenino.

Paula se percató de ello. Tuvo la sensación de estar desnuda. De que los vidriosos ojos del individuo la desnudaban con la mirada.

—¿También usted, señorita Randner? ¿También sueña con ser condesa?

—Oh, no... Yo también soy realista.

Rieron al unísono.

Peter Stratten avanzó hacia la vitrina del mueble-bar donde se emplazaban vasos y botellas de fino cristal tallado.

—Señor Stratten...

—¿Sí?

Paula inclinó la cabeza.

Como avergonzada.

—Hoy... hoy sí aceptaré algo de beber. Un whisky.

Los hundidos ojos de Stratten no ocultaron un súbito destello. Esbozó una sonrisa.

—Eso está bien... Muy bien. Me disgusta el beber solo, pero usted siempre negó el acompañarme.

—Estaba realizando un trabajo, señor Stratten. No consideraba correcto... Ahora es distinto. Se puede decir que ya he culminado mi

cometido. Ha sido un gran honor el... —Tonterías. Y añadiré algo más. Vamos a terminar como buenos amigos. Como dos... buenos amigos. Tú eres Paula y yo Peter, ¿de acuerdo?

—No sé si...

—Ni una palabra más, Paula —sonrió Stratten aproximándose con los dos vasos—. Y ahora a brindar... ¡por nosotros!

Paula se llevó el vaso a los labios.

Con los ojos fijos en el conde Stratten.

Enfrentando sus miradas.

La muchacha casi vació el contenido del vaso. Pasó la punta de la lengua por los humedecidos labios. Una y otra ver. Sin apartar los ojos de Peter Stratten.

Y el mismísimo Stratten se sintió turbado por la intensidad y provocación de la mirada femenina.

— Serviré otro whisky...

Peter Stratten retomó al mueble-bar. Cuando giró, descubrió a Paula sentada en el sofá. Con las piernas despreocupadamente cruzadas. Sosteniendo sobre la rodilla un cuaderno de tapas de piel.

—¿Sabe una cosa, señor Stratten? Tan sólo por la cartografía antigua inglesa recibirá una fabulosa cantidad que estimo en...

—¡Eh!... Soy Peter, ¿recuerdas?

—Está bien..., Peter.

Stratten quiso depositar los vasos sobre la pequeña mesa próxima al sofá; pero sin apartar los ojos de las piernas de Paula. De ahí que uno de los vasos, el sostenido por su mano izquierda, golpeara levemente contra la figura que adornaba el centro de la mesa. Muy comprensible.

Paula era todo un espectáculo.

La falda del vestido muy por encima de la rodilla. Los pantys oscuros protegiendo aquellas piernas de largos y esbeltos muslos. Unos muslos generosamente al descubierto.

Peter Stratten se acomodó junto a la joven.

—Paula... Sabes que estoy loco por ti —murmuró Stratten, con roca voz—. Desde el primer día... Tu belleza, tu juventud...

—Peter, yo...

El individuo se volcó sobre Paula. Enfebrecido por la pasión. Su diestra fue audaz hacia los muslos femeninos a la vez que pugnaba por besarla en la boca. Paula ladeó el rostro. Esquivando sus labios. Controló su repugnancia al sentir el babeante contacto de Strat- ten besándola en el cuello.

—Paula… puedo… puedo ser muy generoso contigo… ¿Qué respondes?

La muchacha se incorporó del sofá.

Zafándose de las manos del individuo.

La mueca de desencanto reflejaba en el rostro de Peter Stratten resultó casi cómica. Contempló como Paula se alejaba hacia la puerta.

—La luz de la lámpara, Peter.

Stratten parpadeó.

—¿Cómo?…

Paula pulsó el interruptor situado junto al marco de la puerta de entrada a la biblioteca. Dejando la estancia en la oscuridad. Ahora comprendió Stratten. Y tanteó hacia la cercana lámpara de pie tirando de la anilla.

Peter Stratten agrandó los ojos.

Con lascivo brillo.

Paula se aproximaba nuevamente a él. Desabotonando con lentitud los cierres superiores del vestido. Hasta descubrir sus opulentos senos. Carentes de sujetador. Erguidos y desafiantes.

—Paula… podemos subir a…

—No, Peter. Eso no —interrumpió la joven, dejándose caer en el sofá — . No quiero llegar tan lejos… todavía no…

Stratten no respondió.

No era el momento.

Paula ya le ofrecía los gordezuelos labios. Y Peter Stratten se volcó sobre ellos. Ávidamente. Con desenfrenada lujuria. Tendiendo sus manos hacia los senos femeninos. Paula contuvo con dificultad un grito.

Las manos de Stratten…

Unas manos extremadamente frías.

Como las manos de un muerto.

Un gélido contacto que estremeció a Paula. Reaccionó riendo nerviosamente. Como si acusara placenteramente las torpes y rudas caricias de Stratten. Este la besaba ahora en el cuello, en los senos…

Súbitamente quedó rígido.

Cesando en sus caricias.

Interrumpiendo su ronco jadear.

Paula se alarmó. Temiendo de que hubiera sufrido un ataque cardíaco por el exceso de pasión.

—Peter…, ¿te… te… ocurre algo?…

Stratten continuó unos instantes más rígido. Como petrificado. Con su ajado rostro hundido en los voluminosos senos femeninos.

Lentamente lo fue alzando.

Y Paula palideció horrorizada.

Peter Stratten tenía los ojos en blanco. Con una mueca desencajando su rostro. La boca deformada hacia abajo. En horripilante rictus.

Paulatinamente los ojos de Stratten fueron adquiriendo su normalidad. También fue desapareciendo la mueca que desencajaba su rostro. Sacudió la cabeza. Como si despertara de un profundo sueño.

Posó los ojos en la aterrada Paula.

Y la muchacha descubrió por primera vez aquel destello en los ojos de Stratten. No era el brillo lujurioso ya detectado en infinidad de ocasiones. Era un extraño fulgor. Un centelleo demoniaco.

—¿Te he asustado. Paula?

—Yo... creí... creí... que...

—¿Estaba muerto? —rió Peter Stratten—. Simplemente he recibido una especie de... visita. Una señal de alarma en mi cerebro.

—No... no comprendo...

Stratten se incorporó del sofá.

Parecía haber perdido lodo interés por Paula. Ni tan siquiera le dirigió una mirada. Y la muchacha era digna de contemplar. Tumbada en el sofá. Con el vestido desabotonado hasta la cintura. La falda alzada hasta el extremo de mostrar el negro encaje del slip.

Todo aquello fue ignorado por Peter Stratten.

Acudió a accionar el interruptor que iluminaba la estancia para seguidamente encaminar sus pasos hacia la artística mesa escritorio. La bordeó frente a los cajones.

Fue entonces cuando se escuchó el grito.

Un alarido que, aunque lejano, resonó audible en la biblioteca.

Paula palideció intensamente, pero simuló no haber oído nada. Dominando su angustia. Consciente de que era Ben Williamson quien había gritado.

—¿No has oído nada. Paula?

-¿Oír?...

Peter Stratten abrió uno de los cajones de la mesa.

—Alguien ha gritado. Aquí. En la casa.

—¿No estamos solos. Peter? Tus sirvientes...

—Si estamos solos —interrumpió Stratten, con extraña sonrisa—;

pero hay un intruso en la casa. De seguro un ladrón que…

El grito sí resonó ahora con estruendo.

Un desgarrador alarido.

Alucinante.

De inmediato coreado por la carcajada de Peter Stratten.

—¿Y ahora, Paula? ¿Tampoco ahora has oído nada?

El rostro de la muchacha había adquirido la palidez de la azucena. Movió imperceptiblemente los labios.

—Sí… por supuesto…

—Juraría que… la tenía aquí. — Stratten comenzó a abrir los restantes cajones de la mesa escritorio—. No soy amigo de las armas de fuego, pero siempre es conveniente disponer de… ¡Aquí está!

Peter Stratten mostró entre sus manos una pistola de nacaradas cachas. Una Walther. Una automática alemana calibre veintidós.

El temor se acentuó en Paula.

— Peter… ¿no… no es peligroso que acudas a…?

—Ciertamente, querida. Muy peligroso… para el intruso.

Stratten se dirigió hacia la puerta. Con la pistola en la diestra. Al abrir la hoja de madera, ladeó la cabeza para posar una burlona mirada en la pálida muchacha.

—¿No me acompañas. Paula?

—Tengo… tengo miedo…

Peter Stratten se asomó al corredor. Y desde allí vio abierta la puerta principal de la casa. La correspondiente al living

—Creo que el pájaro ha volado… De acuerdo, Paula. Espera aquí.

No.

La joven no esperó.

Fue tras los pasos de Stratten.

Y la palidez del rostro femenino se tornó cadavérica al descubrir el rastro de sangre. Abundantes manchas de sangre en el living En el hall. En la escalera…

—Dios mío…

Peter Stratten respingó instintivamente al oír aquel susurrar de la muchacha. Giró con violencia. De nuevo sus ojos relampaguearon con satánico destello. Fijos en Paula.

—Ah… te has atrevido a seguirme… Nada debes temer. Paula. El ladrón ya no se encuentra en la casa.

—Estas… estas manchas de sangre…

Stratten no respondió.

Había llegado a la baranda de la planta superior. No dudó en el camino a seguir. El rastro de sangre era sobradamente indicador.

A la derecha.

Hacia la torreta.

Subió los tres escalones.

Peter Stratten quedó unos instantes bajo el umbral de entrada. Seguidamente avanzó penetrando en la estancia.

Paula le imitó.

También ella se detuvo primeramente bajo el umbral.

Contemplando con estupor la estancia. La... cámara del tesoro. Había sangre en el suelo. Manchas de sangre que salpicaban un círculo dibujado sobre el pavimento. Un círculo que encerraba un triángulo.

El altar, la calavera sobre el libro abierto, las figuras... Aquellas estatuillas representando seres infernales.

Identificados por Paula.

Allí estaba representado Dagon, mitad hombre y mitad pez. Belcebú con sus aterradoras alas de murciélago. Balan, duque de los infiernos, con sus tres cabezas...

Peter Stratten estaba en uno de los rincones. Sosteniendo entre sus manos un gato negro. El animal estaba muerto.

—Mi fiel compañero... Pobre Freddy...

La muchacha retrocedió ante el avance de Stratten. Había descubierto las patas del animal. Las afiladas uñas. Ensangrentadas. Teñidas en rojo...

Peter Stratten sonrió.

—Deja de temblar, Paula. Ya te he dicho que el intruso escapó.

—Hay... hay que avisar a la policía.

—¿Policía...? No, prefiero no hacerlo.

La respuesta de Stratten tranquilizó interiormente a la joven. Incluso logró esbozar una sonrisa.

—¿Se ha llevado algo, Peter?

Stratten dirigió una mirada hacia el círculo dibujado en el suelo. Su voz adquirió un marcado tono gutural. Ronco.

—El cofre... Ha robado el cofre...

—¿El cofre? ¿Qué contenía, Peter? —interrogó Paula, procurando no delatar su codicia—. ¿Algo de valor?

—Imposible valorar su contenido, querida... Se trata de una joya única...; pero la recuperaré. Sé cómo dar con el ladrón.

Paula desvió la mirada.

Temiendo delatarse.

Tal vez Stratten sospechara ya de ella. De ahí que, para alejar dudas, volvió a sugerir el acudir a la policía.

—Haces mal en no avisar a la policía, Peter.

—Olvídalo. No hables de lo ocurrido. Es mejor así. Evitaremos ser molestados con interrogatorios.

—La policía investigaría y pronto encontraría...

Stratten interrumpió a la joven.

Secamente.

—Poco hay que investigar. El intruso fue muy hábil con las puertas, pero cometió el grave error de llevarse el cofre. Eso le ha sentenciado.

—¿Sentenciado?

El ajado rostro de Peter Stratten reflejó una cruel sonrisa.

Tomó entre sus dedos una de las patas del gato. Fijando la mirada en las ensangrentadas uñas. Acentuó su sonrisa hasta convertirla en estridente y desaforada carcajada.

Una carcajada que horrorizó a Paula.

La muchacha giró precipitadamente hacia la escalera.

Tras ella continuaba resonando la satánica risa del conde Stratten.

CAPITULO IV

Paula recogió de la biblioteca su bolso de mano. Al llegar al living, por la abierta puerta que comunicaba con el hall, contempló a Peter Stratten. En lo alto. Apoyado en la baranda. Riendo en desaforada carcajada. Con el gato muerto entre sus brazos.

El conde Stratten no trató de retenerla.

Dejó marchar a la muchacha.

Sin pronunciar una sola palabra. Sólo su risa, estridente y siniestra, resonó aturdiendo aún más a Paula.

La joven abandonó la casa.

Con visible nerviosismo.

Se introdujo en el Starfire maniobrando con dificultad para poder enfilar hacia el sendero que descendía la colina. Y Paula apretó a fondo el pedal del gas. Deseosa de dejar atrás cuanto antes la mansión de Peter Stratten. Ajena a la peligrosidad del serpenteante camino.

El sendero de la colina terminaba al enlazar con la comarcal de Lenzville.

Paula se detuvo frente al obligado stop.

Los ojos femeninos fueron hacia un lado de la cuneta de la comarcal. Y el leve esbozo de una sonrisa se reflejó en el rostro de Paula. No estaba el Pontiac. El auto de Ben Williamson. Lo había dejado allí para posteriormente huir culminado su trabajo. Eso significaba que nada grave le había ocurrido. Que su herida sólo era superficial. Sin duda originada por los arañazos del gato negro.

Paula encendió un cigarrillo.

Procurando calmar sus nervios.

El plan no había salido a la perfección, pero tampoco había fracasado. Un valioso cofre estaba en poder de Williamson. Y Peter Stratten no pensaba denunciar el robo a la policía.

Paula se adentró en la comarcal.

De nuevo proporcionó gran velocidad al vehículo.

Minutos más tarde alcanzaba la autopista de San Francisco. Pocas millas le separaban de la ciudad. Acudiría al apartamento de Ben Williamson. Allí se habían citado para después del... trabajo.

Paula acudiría mucho antes de lo pensado. Era otro de los detalles sorprendentes de aquella agitada noche. La súbita indiferencia de Stratten. El dejarla partir sin intentar reanudar la velada amorosa;

aunque ciertamente las circunstancias no eran las mismas.

El robo del valioso cofre, el gato muerto...

Si.

Eso había afectado a Peter Stratten. Hasta el extremo de hacerle olvidar los encantos de Paula.

Un súbito escalofrío se apoderó de la muchacha. Con sólo rememorar la carcajada de Stratten. Su siniestra prisa. Era como si se hubiera vuelto loco. El demente brillo de sus ojos. Sus absurdas palabras sentenciando al ladrón...

Paula decidió no volver jamás a la mansión del conde Stratten.

Renunciaría a terminar su labor.

Aun a riesgo de quedar sospechosa del robo ante los ojos de Peter Stratten. No le importaba. Si el contenido del cofre resultaba en verdad valioso. Paula desaparecería de California. Ya lo tenía planeado. Europa. Ese sería su destino. Italia, Francia, España...

De nuevo el esbozo de una sonrisa asomó a los labios de Paula.

La negra noche que se adueñaba de la colina envolviendo la mansión del conde Stratten era muy distinta a la reinante en San Francisco. La oscuridad era vencida por los alegres destellos de multicolores anuncios de neón. Por el trepidante tráfico rodado. Por el bullicio de North Beach, centro de diversión en San Francisco; el deambular por la populosa Market Street, los concurridos restaurantes de Telegraph Hill...

La noche de San Francisco no era siniestra y lúgubre.

Todo lo contrario.

Paula enfiló hacia Barrio Hooks. El domicilio de Ben Williamson. El 137 de Walsh Road. Una zona poco próspera de San Francisco. Un barrio pobre. En su mayoría habitado por chicanos y negros.

Allí transcurrió la infancia de Paula Randner. Ella consiguió salir de Barrio Hooks, pero no olvidar. Y al conducir por aquellas sucias y tristes callejuelas, los recuerdos, amargos recuerdos, retomaron a Paula.

Una infancia miserable y desgraciada.

De ahí la desmedida ambición de Paula.

Ser inmensamente rica, sin importar los métodos. Olvidar para siempre su anterior existencia pródiga en calamidades y desventuras.

En Walsh Road abundaban los barracones, almacenes y casas ya declaradas en ruina. El 137 era un edificio de ocho plantas. Vetusto. Rezumando humedad por doquier, con visibles grietas en la gris fachada.

Paula detuvo el auto a un par de manzanas del 137 de Walsh Road.

Descendió del vehículo con el bolso en bandolera.

Fue al caminar unos pasos cuando descubrió al Pontiac propiedad de Ben Williamson. Estacionado al otro lado de la calzada.

Y Paula sonrió abiertamente.

A grandes zancadas se adentró en el edificio.

El elevador lucía un amarillento cartel de «no funciona».

Aquello no sorprendió a Paula. En sus anteriores visitas al apartamento de Williamson se encontró con aquel aviso. Lo verdaderamente asombroso hubiera sido que funcionara. Subió la escalera.

Al alcanzar la tercera planta, sus manos ya rebuscaban en el interior del bolso. La llave del apartamento de Williamson. Sus temores de que las heridas causadas a Williamson fueran graves, se disiparon. El Pontiac estaba frente a la casa. Señal inequívoca de que Ben Williamson se encontraba en su apartamento.

Paula no pulsó el llamador de la entrada.

Disponía de llave.

La introdujo en la cerradura empujando seguidamente la hoja de madera. Penetró en el apartamento cerrando tras de sí.

—¡Ben!... ¡Ben!... ¡Soy Paula!...

El living permanecía en la oscuridad.

Paula avanzó un par de pasos. Fue entonces cuando pisó algo viscoso y resbaladizo que

la hizo trastabillar, aunque sin perder el equilibrio.

La muchacha tanteó en busca del interruptor.

Logró localizarlo.

Al iluminar el living descubrió en el suelo el pañuelo. Totalmente empapado en sangre. Y a poca distancia otro. Junto a un sanguinolento rastro que conducía hasta una de las puertas del corredor.

—¡Ben! —exclamó nuevamente Paula, ahora pálida y corriendo por el pasillo—. ¡Ben!...

Abrió la puerta del dormitorio.

La estancia si estaba iluminada.

Las manchas de sangre seguían sobre el suelo. En siniestro rastro. Hacia el lecho. Y allí yacía Ben Williamson. De bruces. Los brazos arqueados y el rostro oculto sobre la almohada.

—¡Ben!…

Paula corrió hacia el lecho.

Zarandeó a Williamson y, ante su inmovilidad, trató de hacerlo girar. Tiró de su brazo derecho. Fue ladeándole. Descubriendo paulatinamente su oculto rostro.

Primero fue la visión de la sangre. La sangre que también empapaba la almohada dibujando un extenso círculo.

Y después el rostro de Ben Williamson.

La muchacha ahogó un grito de horror a la vez que soltaba a Williamson. Este quedó ahora mostrando su rostro. Desencajado. Deformado por indescriptible mueca. Un rostro verdoso donde destacaban surcos sanguinolentos originados por los arañazos recibidos. La boca entreabierta. Con un intenso color verdoso igualmente en los labios.

Resultaba alucinante el tono verdusco contrastando con los trazos sangrientos, con los jirones de piel teñidos en rojo…; aunque lo en verdad espeluznante era la vacía cuenca de su ojo izquierdo. El viscoso boquete bermejo.

El ojo derecho de Ben Williamson si estaba abierto. Desorbitado. Todavía reflejando un infinito terror no eclipsado por la fantasmal mano de la muerte.

* * *

Paula vomitó.

Aparatosamente.

Permaneció unos instantes inclinada sobre el lavabo del cuarto de baño. Lentamente fue alzando el rostro. Se reflejó en el espejo.

Un rostro marcadamente pálido.

Con visible temblor en los labios.

Un temblor que también se acusaba en las manos de Paula, en sus rodillas… Apenas se sostenía en pie. Continuó allí. Apoyada en el lavabo. Largos minutos. Sin reaccionar.

Ben Williamson estaba muerto.

Se había cumplido la… la sentencia del conde Stratten.

Aquel tono verdoso en el rostro de Williamson parecía delatar el envenenamiento. Sin duda las uñas del gato estaban emponzoñadas con algún producto venenoso. Unas zarpas que se habían ensañado salvajemente en el rostro de Williamson. Hasta el extremo de

arrancarle...

Paula volvió a inclinarse sobre el lavabo.

Presa de nuevas náuseas.

Lentamente y con torpe paso retornó al contiguo dormitorio. Evitando que sus ojos se posaran sobre el ensangrentado Ben Williamson.

Fue entonces cuando, a los pies de la mesa de noche, descubrió el cofre. Una alargada arqueta. Asomando bajo el lecho. Sin duda había caído de la mano de Ben Williamson.

Paula si reaccionó ahora.

Precipitándose hacia el cofre. Lo tomó entre sus manos para seguidamente correr hacia la puerta. Sin volver la mirada atrás. Sin atreverse a contemplar por última vez el cadáver de Williamson.

Abandonó el apartamento.

Minutos más tarde hacia rugir el motor del Starfire turbando el silencio nocturno de Walsh Road.

Barrio Hooks no era zona de mucho tráfico. De ahí que el auto conducido por Paula Randner circulara a considerable velocidad. Al llegar a la Malden Avenue tuvo que reducir la marcha y someterse ya a frecuentes retenciones y stops que fueron en aumento.

El domicilio de Paula distaba de Barrio Hooks. Compartía un apartamento con una compañera de trabajo. Un bonito apartamento en Fich Street. Muy cerca del Coolbrith Park. En el 476 de Fich Street. Un edificio colmena destinado en sus primeras plantas a despachos comerciales y las restantes a apartamentos de alquiler.

A cada detención del auto frente a un semáforo, los ojos de Paula iban hacia el asiento contiguo. Allí estaba el cofre. Rectangular. Construido en madera. En tono oscuro. Con adornos metálicos de protección. La arqueta tenía un pequeño cierre que Paula, en dos de las detenciones del vehículo, intentó abrir. Sin éxito.

Tal vez las manos de Paula temblaban en demasía.

Sí.

Todavía estaba aterrada por la espeluznante visión del ensangrentado rostro de Ben Williamson. Sus desencajadas facciones. El color verdoso junto a los sanguinolentos jirones de piel. La vacía cuenca de su ojo izquierdo...

Aquella visión permanecía en la mente de Paula.

Ahora comprendía el interés de Peter Stratten en no denunciar el robo. Las uñas del gato negro. Emponzoñadas con un veneno mortal. Métodos que no serían aprobados por la policía.

Paula ya circulaba próxima a Fich Street.

Se introdujo por una de las bocacalles paralelas. Hacia una de las entradas subterráneas del parking priva do del 476 de Fine Street. Ocupó su plaza para seguidamente descender del Starfire. Con el bolso y el cofre. Atenazándolo con trémulas manos.

Con precipitado paso acudió hacia uno de los elevadores.

Desde el parking subterráneo se enlazaba directamente con las diferentes plantas del edificio. El apartamento de Paula se situaba en el piso octavo. El 814-AZ.

Abandonó la cabina recorriendo un dédalo de alfombrados pasillos.

Hasta detenerse frente a la puerta señalizada con las siglas 814-AZ.

Paula abrió su bolso de mano. Junto con las llaves del Starfire estaban también las del apartamento. Antes de abrir la puerta, intentó introducir el cofre en el bolso. No lo logró por completo, aunque sí lo suficiente para que pasara desapercibido.

— ¡Natalie!... ¿Estás en casa? —exclamó Paula, presionando el interruptor del living—. ¡Natalie!...

Ninguna respuesta.

Paula cerró tras de sí.

Su compañera de apartamento no se encontraba presente. Tanto mejor para Paula. No quería testigos en aquel momento.

Avanzó hacia su dormitorio.

Iluminó la estancia encaminando sus pasos hacia la mesa de noche. Extrajo la arqueta del bolso. El diminuto cierre parecía de oro. Formando un extraño escudo. Circular. Semejando una serpiente que se mordiera la cola. Carecía de cerradura.

Paula se sentó al borde del lecho procediendo a manipular en el cierre. De izquierda a derecha, arriba, abajo... Sin que el dorado cierre se moviera.

Y el nerviosismo de Paula se acentuó.

Abrió el cajón de la mesa de noche. Rebuscó hasta dar con el cortaplumas. Hizo palanca sobre el sello del cofre. Consiguió quebrarlo al tercer intento.

Una sonrisa se reflejó en el rostro de Paula.

Soltó el cortaplumas para levantar la tapa de la arqueta.

Y Paula dejó de sonreír. Reemplazando su sonrisa por una mueca de terror. Palideciendo su rostro y desorbitando los ojos.

Contemplando aterrada el contenido del cofre.

Una mano.

Una mano humana.

Cercenada a la altura de la muñeca.

CAPITULO V

Paula salió del baño.

Envuelta en una larga toalla sujeta bajo las axilas. Todavía con gotas de agua resbalando por su rostro y por los desnudos hombros. Fue hacia la alfombra del lecho. Allí dejó caer la toalla al suelo. La desnudez de su cuerpo fue pronto protegida por una corta bata de seda que anudó a la cintura.

Paula dobló la almohada sobre el cabezal para seguidamente acomodarse en el lecho. Encendió un cigarrillo. Sobre la mesa de noche una copa de brandy a medio consumir.

La muchacha fumó pausadamente.

Con los ojos entornados.

Pensativa.

Paula Randner era una mujer de carácter. Acostumbrada a los malos tragos. Ya desde su infancia había sufrido duras lecciones. Enfrentándose a verdaderas alimañas. A las peores ratas que pululaban por Barrio Hooks. El bastardo de Curtis, el casero. La trastienda del señor Salkow. El corrompido Curtis, policía que patrullaba por las míseras calles de Barrio Hooks...

Sí.

Alimañas acosando a una chiquilla de catorce años llamada Paula Randner.

Todo aquello no había sido olvidado. De ahí el endurecimiento en el corazón de Paula. Su frialdad. Se había acostumbrado a todo. Muy pocas cosas le impresionaban ya.

Sólo que...

Lo ocurrido aquella noche era algo especial. Demasiadas emociones fuertes para tan pocas horas. El descubrir a un Stratten siniestro, el ensangrentado Ben Williamson, y ahora...

Paula ya se había recuperado de la sorpresa.

Dos copas de brandy, una ducha fría...

Había cerrado con llave la puerta de la habitación. No quería ser molestada por su compañera de apartamento en el supuesto de que regresara. Le hubiera resultado muy difícil explicarle de dónde había sacado aquello.

Paula terminó el cigarrillo.

Lo aplastó sobre el cenicero abriendo a continuación el cajón de la mesa de noche. Allí estaba el cofre de oscura madera.

Lo tomó entre sus manos levantando la tapa.

Ya no se horrorizó ame la visión de aquella cercenada mano. Todo lo contrario. Se dedicó a contemplarla detenidamente. Una mano de largos y huesudos dedos. La piel acartonada. Reseca. Pegada a los huesos. Parecía momificada. Los dedos ligeramente engarfiados. Con unas largas y afiladas uñas.

Los ojos de Paula centraron su mirada en el dedo índice de aquella cercenada mano.

Concretamente en el anillo.

Una extraña y peculiar joya. En bronce. Con signos y dibujos grabados. Un antiguo anillo serpentino. Ancho. En su extremo superior, en la cabeza de la serpiente, dos diminutos brillantes engarfiados. Dos piezas de destellante tonalidad ambarina. Semejando los ojos de la serpiente.

Tal vez fueran diamantes, pero por su tamaño, no alcanzarían una alta cotización. No eran piedras valiosas.

Un antiguo anillo de bronce con dos minúsculos brillantes.

El gran tesoro del conde Stratten.

Una mueca de ira mal contenida se fue reflejando en el rostro de Paula. Empezaba a comprender.

La siniestra torreta, el altar con la calavera, las figuras demoníacas... Peter Stratten practicaba el satanismo. Aquel anillo, aquellos signos cabalísticos, tenían también algún significado infernal. De ahí su gran estimación para el conde Stratten, pero valor crematístico...

Nulo.

Aquel anillo carecía de valor.

A no ser que...

La cercenada mano reposaba sobre un paño de terciopelo rojo. Los engarfiados dedos parecían acariciar la tela con aquellas afiladas uñas. El escudo, aquella serpiente mordiéndose la cola y cercando a un triángulo, bordado en hilo de oro sobre el paño.

Tal vez hubiera algo bajo aquella tela.

Ese fue el pensamiento que germinó en la mente de Paula.

Y para salir de dudas debía quitar aquella disecada mano del cofre.

La ambición fue superior a la repugnancia de Paula. La sola posibilidad de poder encontrar algo de valor hizo decidir a la muchacha.

Alargó su zurda.

Hacia aquella cercenada mano momificada.

La alzó lentamente. Sin evitar una mueca de repulsión. Con la diestra apartó el paño de terciopelo.

Nada.

No había nada bajo la tela.

Una maldición muy poco femenina brotó de labios de Paula. Colocó de nuevo el paño. Y al ir a depositar la disecada mano...

Paula acusó el calor.

En la yema de los dedos de su zurda. Un calor que parecía emanar de la cercenada mano. Un fluir tibio.

La muchacha dejó caer la mutilada mano en el interior del cofre.

Parpadeó estupefacta contemplándose la palma de su zurda.

Aquella sensación de calor no había sido imaginada. Realmente la había experimentado. Aunque resultaba del todo imposible que fuera emanado de... de...

Paula terminó por sacudir la cabeza.

Alejando sus absurdos temores.

Introdujo el cofre en el interior de la mesa de noche. En el primer cajón. Seguidamente vació la copa de brandy y encendió un nuevo cigarrillo.

Tenía que recapacitar sobre todo lo ocurrido.

En primer lugar... la horrible muerte de Ben Williamson. Permanecería al margen. Nada la relacionaba con Williamson. Se habían entrevistado sin testigos. Sin dejarse ver. Sin que Paula se diera a conocer en el círculo de amistades de Williamson. Una medida de precaución que Paula celebraba ahora haber adoptado.

Poco importaba el que se encontraran sus huellas en el apartamento de Ben Williamson.

Paula no estaba fichada por la policía.

No sería molestada.

Quedaba Peter Stratten. El verdadero culpable de la muerte de Williamson; aunque Paula debería fingir ignorarlo. Simular desconocer todo lo ocurrido. Ajena totalmente.

Si.

No debía levantar sospechas en Peter Stratten.

La semana siguiente acudiría para culminar su labor en la mansión del conde Stratten, como si nada hubiera ocurrido. Restando importancia al incidente del robo y al extraño reaccionar de Peter Stratten.

Eso haría.

Y después…

No había duda en identificar el conde Stratten como un practicante del satanismo. Y en el cofre un… objeto de incalculable valor para Stratten. Esas fueron sus palabras.

Paula sacaría provecho de ello. No se resignaba a que el asunto terminara en rotundo fracaso. Más adelante, después de concluida su relación laboral para con Peter Stratten, entraría en contacto. Anónimamente. Ofreciendo el cofre a cambio de dos o tres mil dólares.

El esbozo de una sonrisa se perfiló en el rostro de Paula.

No.

No se resignaba al fracaso.

Había madurado largamente el obtener un beneficio económico del conde Stratten y lo conseguiría. De una forma u otra.

Paula se incorporó para despojarse de la bata.

Aplastó el cigarrillo en el cenicero para seguidamente apartar la sábana e introducirse en el lecho. Accionó el interruptor emplazado junto al cabezal dejando la estancia en la oscuridad.

La muchacha cerró los ojos ladeándose en el lecho. La sábana a la altura de la cintura. Hacía calor. El cuerpo femenino bañado en húmedo sudor.

Paula se esforzó por mantener ahora su mente en blanco. No pensar en nada. Alejar todos los pensamientos que acudían en tropel. Ciertamente la agitada noche vivida no era preludio para un confortable sueño.

Y Paula deseaba quedar dormida.

Súbitamente abrió los ojos.

Alarmada por el sonido.

Un leve ruido. Muy cercano a ella. Allí. En el dormitorio. Como un teclear sobre la madera.

Paula se alzó apoyándose sobre los codos. Aguzando el oído. Expectante.

Volvió a oír el ruido.

Muy tenue.

Un ligero golpear.

La muchacha alargó su diestra hacia la mesa de noche. Tanteó hasta dar con la anilla del cordón de la lámpara. La estancia quedó parcialmente iluminada por aquella lamparilla de mesa.

De nuevo Paula quedó unos instantes inmóvil.

De nuevo expectante.

Tratando de localizar el origen de aquel…

Una mueca de estupor e incredulidad deformó las bellas facciones de Paula. Fijó la mirada en la mesa de noche. De allí procedía el ruido.

Del interior del mueble.

Paula abrió lentamente el cajón. Los ojos femeninos se posaron sobre el cofre. En espera de que…

Otra vez el ruido.

Una marcada palidez se apoderó del rostro de Paula.

El ruido, aquel suave teclear, se originaba… en el interior de la arqueta. Como si uno de los dedos de la cercenada mano se dedicara a golpear sobre la tapa.

El estupor paralizó a Paula.

No podía ser cieno.

Era imposible.

Paula no reaccionó. Permaneció inmóvil. Hasta que de nuevo volvió a oír el ruido. Ya sin duda alguna para la muchacha.

Sonaba allí.

En el interior del cofre.

Paula atrapó la arqueta. Con temblorosas manos. Sintiendo que su corazón latía descompasado. Levantó la tapa del cofre.

Un ahogado grito de terror brotó de Paula. Instintivamente soltó la arqueta que cayó al suelo quedando la cercenada mano al borde del lecho. Sobre la sábana. Casi rozando uno de los muslos femeninos.

Paula se distanció con rapidez.

Alucinada.

Contemplando con aterrados ojos los engarfiados dedos de la momificada mano. Muy curvados. Casi cerrados por completo. Todos… a excepción de uno. El dedo índice. El que lucía el diabólico anillo serpentino.

Aquel dedo permanecía rígido.

Extendido.

Hasta que…

Hasta que comenzó a moverse.

A teclear sobre la nívea sábana del lecho.

* * *

Un espeluzno envolvió a Paula. Paralizada de terror. Reaccionó gateando hacia los pies del lecho. Comenzó a sacudir la sábana. Con el rostro desencajado por el horror. Sus desorbitados ojos contemplaron cómo la momificada mano caía al suelo.

Sobre la alfombra.

Paula volvió a quedar inmóvil. Acuclillada. Temblorosa, con un agitado subir y bajar en sus desnudos senos. Bañada en frió sudor. Moviendo los labios una y otra vez. Sin articular sonido alguno.

Un ruido en la puerta la hizo respingar.

Giró con rapidez.

A tiempo de ver cómo el pomo de la puerta se movía lentamente.

—¡Natalie!... ¡Natalie!... ¡Espera!...

Paula saltó del lecho. Precipitándose hacia la puerta de la habitación. Deslizó el pasador para seguidamente abrir la hoja de madera.

—¡Natalie!...

Paula parpadeó.

No habla nadie en el corredor.

Ninguna luz.

Todo el apartamento, a excepción de la lámpara de mesa del dormitorio, en total oscuridad. Ningún ruido. Nada que delatara la presencia de su compañera de apartamento.

Y sin embargo...

Paula había visto moverse el pomo de la puerta. Estaba segura de ello. Como si alguien intentara entrar.

La joven se llevó ambas manos a la cabeza. Presionando las sienes. Lentamente giró. Y sus ojos fueron hacia la alfombra del lecho. Allí estaba el cofre. Y a poca distancia...

Paula sacudió la cabeza.

Parpadeó repetidamente.

La cercenada mano tenía de nuevo los dedos extendidos. Los cinco dedos. Ligeramente engarfiados. Como en un principio. Como si nada les hubiera alterado anteriormente.

Como si todo hubiera sido una fantasía de Paula.

Una jugada de su imaginación

Paula avanzó.

Se detuvo a los pies del lecho. Sin apartar los ojos de la disecada mano. Fijos en aquellos huesudos dedos. Acartonados. Disecados...

¿Un sueño?

¿Había sido todo un mal sueño?

¿Una alucinante pesadilla?

Un gélido vaho pareció envolver a Paula. Se estremeció. Acusando aquel súbito frío

Y algo más.

Un fétido hedor. Nauseabundo. Junto con un soplar. Sobre su nuca. Como si alguien respirara tras ella.

Paula giró.

Y una fantasmagórica sombra se abalanzó sobre ella proyectándola hacia el lecho. Paula quiso gritar, pero una fría mano le atenazó brutalmente el cuello.

Quedaron iluminados por la luz procedente de la lámpara de noche.

Paula pudo ver a su atacante. Y el terror pareció enloquecer a la muchacha. Su rostro se deformó en indescriptible mueca. Un terror que se incrementó al oír la gutural e infrahumana voz;

—Sacrílega... Perra sacrílega...

Sólo roncos estertores brotaban de !a garganta de Paula.

En su vano intento por gritar en demanda de auxilio.

Sus alucinados ojos contemplaron aquel monstruoso rostro tan próximo a ella. Un rostro cadavérico. De pronunciados pómulos que acentuaban las desecadas facciones. Un rostro casi descamado. Con ojos de rojizas pupilas destellantes. Las orejas puntiagudas. Como las de un lobo. Una cicatriz en la frente. Muy pronunciada. Una cicatriz de relieve color negruzco. Una cicatriz que semejaba una serpiente mordiéndose la cola. Y en las sienes...

En las sienes unos diminutos cuernos.

Paula estaba siendo atacada por el mismísimo Satán.

Un engendro del infierno que, al mostrar su brazo derecho, hizo que Paula alcanzara el paroxismo del terror. Enajenada. Sus aterrados ojos contemplaron el mutilado brazo. La mano amputada. A la altura de la muñeca. Mostrando un repulsivo muñón que comenzó a golpear salvajemente el desencajado rostro femenino.

CAPITULO VI

La voz de la muchacha fue un tenue susurrar.

—Ya... ya es suficiente, Eddie.

Eddie Chapman no pareció oír la voz femenina. Al menos hizo caso omiso. Continuó reclinando a Natalie sobre el asiento del auto.

Besándola por enésima vez. Su zurda, hábil y sigilosa, ya había conseguido desabotonar la blusa de la joven.

Natalie Gigson respingó al percatarse de aquella audaz caricia sobre sus senos. Y reaccionó empujando a Chapman. Con energía.

—Eres... eres...

—¿Qué te ocurre. Natalie?

El rostro de la muchacha era de un óvalo casi perfecto. Enmarcado por sedosos cabellos castaños. Ojos oscuros. Nariz breve, apuntando ligeramente hacia arriba. Labios de deliciosa y sensual curva, gordezuelos, húmedos, cálidos...

Natalie luda un favorecedor conjunto de camisa en batista y pantalón en popelín. Su cintura de odalisca ceñida por cinturón charol a juego con los zapatos.

Las facciones femeninas habían adquirido el color de la amapola.

Abotonó precipitadamente la blusa.

Ocultando a la burlona mirada de Eddie Chapman el turbador sujetador negro en tul bordado.

—Tienes las manos muy largas, Eddie. Y te tomas también muchas confianzas.

—Somos amigos, ¿no?

Natalie arrugó graciosamente su respingona nariz.

—Empiezo a lamentarlo. Adiós, Eddie.

—¡Eh, un momento! —Chapman retuvo el iniciado ademán de la joven por abandonar el auto—. No puedes dejarme así, Natalie.

—¿Por qué no? La velada ha terminado, Eddie. Prometiste invitarme a cenar a cambio de la información facilitada sobre el Titanic. Has cumplido tu palabra. Y nada menos que en el Fleur de Lys. Te ha resultado muy cara la información, Eddie. Añadiré algo más... Dudo que esa proyectada novela tuya sobre el Titanic resulte de interés. Es un tema ya muy explotado.

—Mi versión si será distinta. El *Titanic* fue atacado por extraterrestres.

—¿Por quién?...

—Has oído perfectamente, Natalie. Será un best seller.

La muchacha entornó sus oscuros ojos.

Fijos en Chapman.

Eddie Chapman frisaba en los treinta años de edad. Rostro de intenso bronceado. De correctas facciones. Con un sempiterno brillo burlón en los ojos. Su complexión era atlética.

Chapman permaneció un par de temporadas como profesional en el Giants. Expulsado del equipo de béisbol por reiterada indisciplina y vida licenciosa, se dedicó a celebrar algunos combates de boxeo en el Cow Palace. Muy pocos combates. Se retiró a tiempo. A tiempo de no quedar marcado de por vida. Eran muchas las alimañas. Dentro y fuera del ring.

Entró luego en el mundo de los grandes transpones por carretera. Conduciendo un pesado y voluminoso tráiler. Fue entonces cuando conoció determinada mafia que controlaba todo aquel tinglado a gran escala. Eddie Chapman no quiso doblegarse a ciertas condiciones y fue recompensado con una monumental paliza. Y ya nadie se atrevería a ofrecerle un trabajo, ni tan siquiera como descargador, en ningún vehículo de transporte.

Aquello fue el principio de una nueva vida de prosperidad para Eddie Chapman. Escribió una veintena de folios narrando lo ocurrido. Denunciando a la mafia que envuelve a los camioneros, a los cuervos que se enriquecen con el sudor del prójimo, a las mujerzuelas enviadas por los sindicatos mafiosos para servir de anzuelo, a los funcionarios sobornados…

Chapman no era tonto.

Amenizó su relato con abundantes dosis de violencia y sexo. Y también sabía dónde acudir. Ritter Editor. Especializado en novelas sensacionalistas. Fabricante de best-sellers. Proveedor habitual de los avispa dos productores de Hollywood.

Jonathan Ritter leyó aquella veintena de folios. En un lenguaje directo. Brutal en ocasiones. Sin concesiones. Si aquel condenado relato era ampliado a unos cien folios, seria publicado.

Fue la primera novela de Eddie Chapman.

Recientemente ya había publicado la número catorce. «Mi amigo Dillinger». Una novela que ya había alcanzado su cuarta edición. Ensalzando la figura de John Dillinger y catalogando a los agentes del FBI que le acribillaron como asesinos.

Eddie Chapman era así.

Cada novela suya muy comentada por los críticos. «Basura literaria», «engendro impreso», «bazofia para analfabetos», «vomitada de letras»…

Todo aquello se traducía en un incremento de tirada para Chapman.

—¿Sabes una cosa, Eddie? Sospecho que te has burlado de mi. Que no necesitabas informe alguno sobre el Titanic. No piensas escribir ninguna novela sobre el tema

—Me gustas, Natalie. Desde el primer día.

—¿Dónde, Eddie? ¿Dónde fue?

Chapman parpadeó.

—¿El qué?

—¿Dónde nos conocimos, Eddie?

—Pues... en la editorial.

—No. No fue en tu editorial. En el Savoy Hotel. En la sala de congresos. Coincidimos en la conferencia del profesor Hammond. Allí empezaste tú con tu labia. Fue un error hacerte caso.

Chapman sonrió.

—No lo has hecho, Natalie. Me has ignorado. Rechazando una y otra vez mis cordiales invitaciones. Mis llamadas telefónicas...

—Tengo mucho trabajo, Eddie. Y te he catalogado. Con sólo leer una de tus novelas. Eres un individuo cínico e inmoral. Muy poco recomendable.

—Panilla. Eso es pantalla, Natalie. En el fondo soy un romántico. Ahora mismo me embeleso con sólo reflejarme en tus profundos ojos...; pero eso no lo puedo poner en mis novelas.

—Adiós, Eddie. No te molestes en solicitarme ningún otro tipo de información. Acude directamente a la Universal Agency y paga la tarifa como cualquier otro cliente.

—Natalie...

La muchacha descendió del vehículo.

Cruzó la calzada encaminando sus pasos hacia el 476 de Fich Street.

Eddie Chapman dudó unos instantes. En el interior de su Mustang. Siguiendo con la mirada a Natalie. Fue al verla introducirse en el edificio, cuando reaccionó.

Chapman salió del auto.

Corriendo tras los pasos de la muchacha.

Alcanzó a Natalie cuando ya se disponía a introducirse en la cabina de uno de los elevadores.

—¡Natalie!...

—¿Qué quieres ahora, Eddie?

Chapman penetró también en la cabina. Al cerrarse la compuerta pulsó el mando correspondiente a la planta ocho.

—Pedirte perdón, Natalie. No era mi intención burlarme de ti. Todo lo contrario. Tú rechazabas mis invitaciones y se me ocurrió lo de solicitarte información sobre el Titanic para luego compensarte con

una cena.

—Cuatro horas, Eddie. Cuatro horas permanecí por los archivos de la Universal Agency. Fotocopiando escritas, dibujos, grabaciones, fotografías, filmes, documentación, declaraciones de testigos... Un completo dossier.

—De acuerdo, Natalie. Escribiré una novela sobre el Titanic para no defraudarte.

—Muy gracioso.

—Hablo en serio.

—No lo dudo. Tú haces novelas como si fueran churros.

—Te he pedido perdón, Natalie. Mi único delito ha sido querer salir contigo. Hemos pasado un buen rato durante la cena. Tal vez en el auto no me he comportado como un caballero... Acepta mis disculpas, Natalie.

El elevador ya se había detenido.

Abandonaron la cabina avanzando por el corredor.

Natalie giró al llegar frente a la puerta señalizada con las siglas 814-AZ. Dedicó una dulce sonrisa a Chapman.

—De acuerdo, Eddie. Tienes razón. No has cometido delito alguno.

—¿Amigos? ¿Sin rencor?

—Ahá.

—Magnífico, Natalie. ¿Me invitas a una copa para celebrarlo?

La sonrisa desapareció del rostro de la joven.

—No.

—Un trago y me voy. Sólo unos minutos, Natalie. No es la primera vez que entro en tu apartamento.

—En otras ocasiones estaba Paula.

—¿No está ahora en el apartamento?

—Demasiado sabes que hoy es martes y Paula regresará muy tarde.

—¿Martes?... ¡Ah, sí!... Su trabajo para ese conde... en Lenzsville...

—Correcto.

—Lo había olvidado.

—No, Eddie. No lo habías olvidado —replicó la muchacha, con severa voz—. De ahí tu insistencia por invitarme hoy a cenar. Te sugerí el jueves... o el sábado...; pero no. T ú querías el martes. Ahora lo comprendo. Acariciabas la idea de estar solos en el apartamento.

—Eres muy mal pensada, nena.

Natalie manipuló en su bolso de mano.

Introdujo la llave en la cerradura.

—Buenas noches. Eddie.

—¿Almorzamos juntos mañana? Es miércoles…

—Hasta nunca, Eddie.

—Pero…

Natalie ya había entreabierto la puerta del apartamento. Penetró en la vivienda cerrando tras de sí con rapidez. La hoja de madera quedó a escasas pulgadas de la nariz de Chapman. Este terminó por encogerse de hombros. En resignada mueca. Giró sobre sus talones. Mientras avanzaba por el pasillo rebuscó la cajetilla de tabaco.

Fue al llegar junto al elevador.

Cuando se disponía a tirar de la portezuela.

Eddie Chapman respingó ante el súbito grito. Un desgarrador alarido femenino que resonó con fuerza. Un grito procedente del apartamento de Natalie Gibson.

CAPITULO VII

Cuando Eddie Chapman se disponía a cargar violentamente contra la puerta del apartamento, ésta se abrió apareciendo Natalie.

Una marcada palidez se había apoderado del rostro de la muchacha. Tenias las ¡acciones desencajadas. Las manos a la altura de la garganta. Boqueando una y otra vez. Sin duda quería gritar de nuevo, pero la histeria le impedía hacerlo. Los ojos desorbitados. Todavía con el horror reflejado en sus pupilas.

—¡Natalie!... ¡Natalie!... ¿Qué sucede?... ¿Qué te ha ocurrido?...

La joven siguió moviendo los labios.

Balbuceando.

Temblando convulsiva.

—Por favor. Natalie... ¡Tranquilízate! —Chapman zarandeó a la muchacha aferrándola por los hombros—. ¿Qué ha ocurrido?

Natalie continuó sin poder articular palabra alguna, pero sus ojos dirigieron una aterradora mirada hacia el fondo del pasillo.

Suficiente para Chapman.

Soltó a la muchacha avanzando por el corredor. Hacia una abierta puerta del pasillo. El dormitorio de Paula Randner. Lo recordaba por sus anteriores visitas. Cuando las dos muchachas le mostraron el apartamento y...

Eddie Chapman se detuvo bajo el umbral de entrada.

Quedó inmóvil.

Como paralizado por un invisible rayo.

Con incrédulos y horrorizados ojos contempló la escena. El macabro espectáculo.

Allí estaba Paula.

Lo que quedaba de ella.

La muchacha yacía sobre el lecho. Con los brazos en cruz. Las piernas desmesuradamente separadas. La cabeza le colgaba fuera del lecho. Los cabellos femeninos rozaron el suelo.

Imposible distinguir el rostro de Paula. Era una deforme masa tumefacta. Los ojos reventados a golpes. La nariz rota. Los pómulos hinchados. Los labios destrozados... La abundante sangre manada de nariz y boca formaba ya un viscoso charco sobre la alfombra.

Y aquello no era lo más alucinante.

El cuerpo de Paula.

Su desnudo cuerpo plagado de sanguinolentos círculos. Rojizos

orificios en las senos, en el vientre, en los muslos...

Y sobre la sábana, totalmente teñido en rojo, el punzante cortaplumas.

Con aquel afilado estilete habían originado las múltiples heridas en Paula. Más de una treintena de sangrientos círculos dibujados en el cuerpo femenino. Pigmentando la aterciopelada piel en macabro color sangre.

Eddie Chapman avanzó.

Con vacilante paso. Aproximándose a la inerte Paula Randner.

Fue entonces cuando se percató de un casi imperceptible vaivén en el vientre femenino. Un tenue subir y bajar en los senos de Paula.

Todavía estaba con vida.

Chapman reaccionó con rapidez.

Alzó cuidadosamente la cabeza de la muchacha para evitar que continuara colgando fuera del lecho. Percibió el viscoso líquido que impregnaba los cabellos femeninos. Empapados por la sangre brotada de la nariz y boca. Pegajoso líquido que humedeció las manos de Eddie Chapman.

Colocó la almohada bajo la cabeza de Paula.

Y los labios de la joven se movieron.

Muy débilmente.

Susurrando ininteligibles palabras.

— No hables, Paula... No te esfuerces —aconsejó Chapman—. Voy en busca de...

—As... Asfelgor...

La voz de Paula si resultó ahora audible. Pronunciando aquella extraña palabra que hizo arquear las cejas a Chapman.

Los labios ensangrentados de Paula balbucearon con más intensidad. Agitó su cuerpo. Como si sufriera un espasmo. Y al instante una bocanada de sangre ahogó a la muchacha. Volvió a agitarse. Una y otra vez. Como si fuera atacada por una legión de espíritus infernales que pugnaran por cobijarse en su cuerpo.

Y luego quedó inmóvil.

Espantosamente rígida.

En su último espasmo agónico había conseguido abrir los ojos. Aquellos ojos reventados a golpes. Sanguinolentos. Acentuando aún más la horripilante máscara en que se había convertido el rostro femenino.

Eddie Chapman fue alejándose del lecho.

Con lentitud.

Ni tan siquiera reparó en sus manos manchadas de sangre.

Abandonó la estancia. Al salir al corredor descubrió en el living, junto a la sollozante Natalie, a un grupo de vecinos que se interesaban por lo ocurrido. Sin conseguir respuesta alguna de Natalie. La muchacha mantenía el rostro oculto entre sus manos.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió un individuo con ridículo pijama de seda—. Mi mujer es enfermera. Si puede ayudar en...

—Gracias, pero es preferible que regresen todos a sus casas —interrumpió Chapman, empujando a los curiosos fuera del apartamento—. Por favor... Gracias...

Cerró la puerta.

Dirigió una mirada a Natalie. Apoyada en la pared. En uno de los rincones del living. Sollozando entrecortadamente, aunque delatando haber superado ya la crisis nerviosa.

Eddie Chapman reparó por primera vez en sus manos.

El salón comunicaba con la cocina.

Chapman se lavó las manas para seguidamente pasar al salón. En uno de los muebles estaba emplazado el teléfono. Disco el número de la policía para denunciar lo ocurrido.

Colgaba el auricular cuando vio aparecer a Natalie.

Acudió a su encuentro.

Temeroso de que las fuerzas abandonaran a la pálida y temblorosa joven.

—Eddie...

La muchacha se abrazó a Chapman. Reanudando su sollozo. Estremeciéndose de nuevo con acusado temblar.

Eddie Chapman abarcó con protectores brazos a la joven.. Dejando que continuara llorando sobre su hombro. Besando repetidamente los cabellos femeninos.

—Dios mío... Es... es monstruoso... ¿Quién ha podido...?

—Un loco. Un demente —respondió Chapman—. Sólo un loco sádico es capaz de semejante hecho. Tienes que ser fuerte, Natalie. La policía llegará de un momento a otro.

—Estoy... estoy temblando, Eddie...

Chapman condujo a la muchacha hacia el sofá que adornaba el centro de la estancia. Seguidamente acudió al mueble-bar. Sirvió una copa de brandy a Natalie.

Y para él un whisky doble.

También lo necesitaba.

* * *

Sean Bennett, teniente del Departamento de Homicidios, se llevó una pastilla de «*chewing gum*» a la boca. Hizo una indicación con la cabeza al agente Lewis. Este cerró su cuaderno de notas abandonando el salón.

—Bien... No la molesto más por el momento, señorita Gibson. Le estoy muy agradecido por su declaración y colaboración. Comprendo su estado de ánimo, pero lamentablemente vamos a continuar aquí investigando. Le aconsejo acuda a descansar a un hotel o al domicilio de una amiga que...

—¿Puedo ir a tu apartamento, Eddie? —inquirió la joven, fijando sus nublados ojos en Chapman.

Eddie Chapman asintió.

Con un leve movimiento de cabeza.

— De acuerdo —carraspeó el teniente de Homicidios—. Tal vez mañana les requiera a ambos para la declaración oficial. ¿Quieres venir un momento, Chapman?

El policía abandonó el salón.

Dirigiendo sus pasos hacia el dormitorio de la infortunada Paula Randner.

Los expertos en dactiloscopia trabajaban afanosamente en la estancia. También estaba allí el forense. El encargado de plasmar en fotografía la macabra escena ya había concluido su misión.

—¿Si, inspector?

Sean Bennett hizo una mueca.

Fijando sobre Chapman una penetrante mirada.

—Teniente. Sólo teniente... Cuando me dijo su nombre anteriormente, me resultó familiar. Me ha informado uno de mis agentes. Eddie Chapman, popular escritor de novelas de sexo y violencia. Es un gran honor conocerle personalmente.

Chapman sonrió.

Percatándose del sarcasmo del policía.

—También yo me congratulo de conocerle, teniente. Siempre se aprende algo. En mi última novela, dedicada a la vida y muerte de Dillinger, dediqué largas semanas a documentarme sobre los agentes del FBI que llevaron a cabo la caza de Dillinger. Todo fue posible

gracias a la información facilitada por la novia de Dillinger. Los agentes del FBI dispararon al verle salir del cinema. Un proyectil en la nuca, otro en el costado… Lo dicho. Sexo y violencia.

—Yo no pertenezco al Federal Bureau of Investigation, Chapman: pero olvidemos su… profesión. Cada uno se gana el pienso como puede. En su declaración… Dice haber encontrado a Paula Randner con un leve soplo de vida.

—En efecto.

—Y que le murmuró una palabra.

—Asfelgor.

Sean Bennett movió repetidamente la cabeza. Sin dejar de bailar en la boca la goma de mascar.

—Sí, eso es… Asfelgor. ¿Conoce el significado de esa palabra, Chapman?

—Ni idea.

—Tampoco yo. He telefoneado al servicio de documentación del Departamento. Imaginando que se trataba del nombre de algún local o establecimiento público. La computadora ha dado negativo. No tenemos registrado el nombre de Asfelgor. ¿Seguro que pronunció esa palabra?

Eddie Chapman desvió la mirada hacia el ensangrentado cadáver de Paula.

Retomó los ojos hacia el teniente.

—La voz de la muchacha era un susurro muy tenue, teniente. Lo comprende, ¿verdad? Con sólo mirar el cadáver. Los labios destrozados… dominada por estertores y vómitos de sangre… Me pareció oírle pronunciar esa palabra. Asfelgor. Aunque tampoco me atrevería a jurarlo. Yo no soy un profesional, teniente. Puedo narrar espeluznantes escenas de violencia, pero difícilmente me he dominado ante el ensangrentado cuerpo de Paula Randner.

Las facciones de Sean Bennett se endurecieron.

También el policía dirigió una fugaz mirada al cadáver.

—Yo si soy un profesional. Chapman; pero no un autómata. Tengo sentimientos. Todo crimen es monstruoso, aunque algunos resultan difícil de admitir en un ser humano.

Difícil de creer tanta maldad y sadismo.

—Le envidio.

—¿Envidiarme?

—Sí, teniente. Está capacitado para investigar y dar con el asesino. Me gustaría tener ese placer.

—No lo dude. Chapman. Le cazaré. Y ahora puede irse. Llévese de aquí a Natalie Gibson.

Eddie Chapman aceptó de buen grado el consejo.

Deseaba sacar de allí a Natalie

Minutos más tarde conducía el Mustang por las solitarias calles de San Francisco. La ciudad ya sumergida en su breve letargo nocturno. Faltaban pocas horas para el amanecer de un nuevo día. Poco tráfico sobre el asfalto de la gran ciudad Chapman encendió un cigarrillo.

Después de succionarlo un par de veces, lo ofreció a la silenciosa Natalie que ocupaba el asiento contiguo. La joven lo aceptó con lentos ademanes.

—No te asustes de mi cueva —dijo Chapman, tratando de romper aquel silencio—. Es la de un hombre soltero. Ya sabes... ropa por los rincones., restos de sándwich, latas de cerveza por el suelo...

Natalie no hizo comentario alguno.

Se limitó al esbozo de una leve sonrisa.

Eddie Chapman tenía su domicilio en el 1.436 de Lom Boulevard. Un pequeño bungalow con jardín y piscina. En una zona de reciente construcción. Bungalows fabricados en serie. Todos iguales a lo largo de la longitudinal avenida. Separados por altos setos.

Un bungalow que Chapman compró con los derechos de autor de su tercera novela. Cuando su nombre ya empezaba a ser aceptado por el público ávido de emociones fuertes.

—Ya hemos llegado...

Los faros del Mustang enfocaron el reducido jardín y el sendero que conducía hasta la casa.

Eddie Chapman introdujo el auto en el garaje.

Descendieron del vehículo.

Natalie portaba un neceser. Con sus objetos personales más imprescindibles y un vestido camisero.

Instantes después, Eddie Chapman mostraba a la muchacha todos los rincones del bungalow. Dos habitaciones con sus correspondientes cuartos de baño, la cocina y el salón-comedor con ventanal que comunicaba directamente con el jardín y piscina. Ciertamente el desorden imperaba por doquier. En especial en una de las habitaciones. Transformada por Chapman en despacho. Allí era donde escribía sus novelas.

—Pequeño y acogedor —sonrió Chapman—. ¿Te gusta?

—Maravilloso.

Eddie Chapman amplió la sonrisa ante la irónica respuesta de la

joven. Rodeó los hombros femeninos para conducirla al dormitorio.

—Aquí dormirás tú, Natalie. Yo tengo un confortable sofá-cama en el despacho. ¿Te apetece algo? ¿Un vaso de leche caliente?

—No… Estoy… estoy muy cansada… Creo que los calmantes que me suministró el forense empiezan a hacer su efecto.

—Entonces a dormir.

—Eddie…

Chapman, que ya había iniciado un ademán de retirarse, giró bajo el umbral posando la mirada en la muchacha.

—¿Si?

—Gracias. Eddie… Por tus cuidados. Por tu comprensión. Por…

—A dormir —interrumpió Chapman, sonriente—. Mañana volverás a verme tal como soy. Buenas noches.

Eddie Chapman pasó a la habitación contigua.

A su despacho.

Abrió el primer cajón de la mesa. De allí extrajo una plana botella de whisky. Se atizó un largo trago. Retomó la botella para proceder a encender un cigarrillo.

Se situó frente a uno de los muebles.

Una biblioteca.

Repleta de libros que se amontonaban desordenadamente. Junto a un tomo de Shakespeare, un comic-book de The Phamton. Tal sólo en la estantería superior, perfectamente alineados, figuraban los volúmenes de una extensa enciclopedia. Regalo de su editor Ritter.

Pocas veces se molestaba Eddie Chapman en consultar aquel diccionario enciclopédico ilustrado. El lenguaje para sus novelas lo encontraba en la calle, en los barrios bajos, en los pestilentes billares, en los prostíbulos… Aquéllas eran sus fuentes.

Eddie Chapman tomó el primer volumen de la enciclopedia.

Fue pasando las hojas.

—No la encontrarás, Eddie.

Chapman respingó visiblemente ante la súbita voz surgida a su espalda. Giró con una sonrisa.

—Me has asustado, Natalie…

—No la encuentras, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—Asfelgor. Eso es lo que estás buscando en la enciclopedia —murmuró Natalie—. La palabra pronunciada por Paula… Oí parte de tu declaración al teniente Bennett. Pierdes el tiempo.

Chapman cerró el tomo.

—No..., no está.

—No buscas en el lugar adecuado, Eddie. Esa palabra sólo figura en un libro. En el Diccionario Infernal.

Eddie Chapman parpadeó.

Perplejo.

—¿En el...?

La palidez había retornado al rostro de Natalie.

Su voz se hizo tenue Temblorosa.

—Asfelgor es un diablo. Un espíritu infernal que se reencarnó para sembrar el mal y la destrucción. Aconteció en el pasado siglo. En Inglaterra. Asfelgor es representado como un ser de entecas facciones casi cadavéricas... de ojos rojizos... orejas de zorro... con una horrenda cicatriz verdosa en la frente semejando una serpiente que se muerde la cola... con unos diminutos cuernos en las sienes que le identifican como soldado de Satanás... Chapman sacudió la cabeza.

Estupefacto.

—Es... es absurdo... Paula no puede haber pronunciado esa palabra... De seguro no se refería a... Puede que yo no... Tal vez sufrí un error. La voz de Paula era muy débil... ininteligible...

—Recuerdo tu declaración al teniente Bennett. Afirmabas estar seguro. Escuchaste perfectamente esa palabra en boca de Paula.

—De acuerdo, pero es absurdo relacionarla con...

—No lo es, Eddie —replicó Natalie—. Paula quiso delatar a su asesino. Fue atacada por un monstruo salido de los infiernos. Fue atacada por... Asfelgor, miembro de la corte del Averno.

CAPITULO VIII

Natalie se removió perezosamente en el lecho.

Entreabrió los ojos.

Y fue entonces cuando reparó que no se encontraba en un lugar habitual. Se incorporó con rapidez quedando sentada en el lecho. Se sujetó la cabeza con las manos. La somnolencia, el plácido reposo disfrutado, le habían hecho olvidar lo ocurrido.

Una longitudinal línea de sol se filtraba por entre los cortinajes.

Suficiente para combatir la oscuridad de la habitación.

Natalie saltó del lecho. Luciendo un vaporoso negligé confeccionado en satén y tul con topos color negro. Sujeto con frágiles tirantes y con un pronunciado escote que mostraba con turbadora generosidad los erectos senos femeninos. Un modelo que la muchacha cogió al azar. En su precipitación de la noche anterior.

Natalie deslizó los cortinajes.

El ventanal se emplazaba en la fachada principal del bungalow. Desde allí era visible el seto de entrada y el asfalto de Lom Boulevard.

La joven acudió al contiguo cuarto de baño. Procedió a su aseo personal iniciado con una estimulante ducha. Depositaba el cepillo del pelo en el neceser, cuando le pareció oír la llegada de un auto.

Natalie abandonó el cuarto de baño para aproximarse al ventanal.

Y presenció cómo Eddie Chapman descendía del Mustang después de estacionarlo frente al porche del bungalow. Minutos más tarde sonaban unos discretos golpes sobre la puerta de la habitación.

—¡Adelante, Eddie!

Chapman penetró en la estancia.

—Hola, Natalie. Creí que estabas todavía en...

No terminó la frase.

Eddie Chapman quedó con la boca entreabierta. Envolviendo con su mirada a la muchacha. Recreándose con la visión de los turgentes senos traslúcidos bajo la fina tela. En los esbeltos muslos que la negligé apenas lograba ocultar.

Natalie enrojeció ante la intensidad de aquella mirada.

Esbozó una sonrisa.

—Acabo... acabo de levantarme... ¿De dónde vienes tú?

—¿Cómo?... Ah... Quise adelantar tiempo aproximándome hasta el Departamento de Homicidios. ¿Cómo te encuentras?

—Bien... Incluso tengo hambre.

—No me sorprende. Ya hemos pasado el mediodía.

—¡Oh, no!... ¿Qué hora es?

—Eso no importa. Termina de arreglarte y nos vamos a comer, ¿de acuerdo?

—Si, Eddie.

Chapman se dirigió a su despacho acomodándose tras la mesa escritorio. Encendió un cigarrillo permaneciendo unos instantes en actitud pensativa. Terminó por abrir el último cajón de la mesa escritorio. Extrajo un envoltorio. Al extenderlo descubrió un revólver del treinta y ocho. Un Smith & Wesson. Junto con varios juegos de cargador.

Natalie apareció bajo el umbral.

Luciendo un sencillo vestido camisero. Las facciones femeninas marcadas por tenue palidez. Acusando todavía la macabra noche anterior.

Eddie Chapman se incorporó ocultando el revólver en su costado izquierdo. Bajo el cinturón del pantalón.

—¿Dispuesta, Natalie?

La joven asintió con débil movimiento de cabeza.

Abandonaron el bungalow.

Un día luminoso de sol. Al menos allí, en la zona de Lom Boulevard, se apreciaba con más fuerza. Sin los altos índices de contaminación reinantes en el centro de San Francisco.

Se acomodaron en el interior del Mustang.

—Conozco un buen lugar donde almorzar, Natalie. No muy lejos de aquí. El Clover Lake. Es un restaurante tranquilo y acogedor. Te gustará.

En efecto.

El Clover Lake se situaba en un bello rincón junto a un lago artificial. La comida también resultó selecta.

Eddie Chapman se esforzó en amenizar el almuerzo con intrascendente conversación; pero no encontró colaboración en la muchacha. Esta mantenía un gesto de profunda preocupación e inquietud.

—Eddie...

—¿Si, Natalie?

—Espero algún comentario tuyo a mi revelación de ayer. Me refiero a lo de... de... Asfelgor.

Chapman bebió un sorbo de café.

Sonrió.

— Lo he olvidado. Estabas muy alterada y...

—Te equivocas —interrumpió la muchacha, con grave voz—. Voy a contarte algo. Eddie. Paula y yo trabajamos para la Universidad Agency. Yo soy licenciada en Letras. Mi tesis doctoral versó sobre un estudio sobre los libros malditos. Tal vez te resulte sorprendente, pero soy experta en Demonología. Conocí a Paula en la Universidad Agency. Me habían encomendado el redactar una completa estadística sobre las sectas satánicas, antiguas y actuales, californianas. Sus orígenes, culto, profetas... Creo que era un estudio para el gobierno encomendado a la Universal Agency. Tal vez preocupado por la profusión de sectas en California. Yo disponía de amplia bibliografía y

datos, pero alguno de los escritos y pergaminos estaban en alemán. Fue entonces cuando se me sugirió la colaboración de Paula. De esto hace aproximadamente un año. Paula hablaba y escribía correctamente el alemán. Dado que el trabajo iba a ser largo y laborioso, decidimos compartir un mismo apartamento. Así nació nuestra amistad.

—Creo que…

—Aún no he terminado —dijo Natalie, con vehemente gesto—. Paula era sumamente inteligente. No me contó gran cosa de su vida, pero me consta que no cursó amplios estudios. Su infancia no fue feliz. Poseía una extraordinaria capacidad de retención. Memorizaba todo. De ahí su capacidad para los idiomas. Alemán, francés, español… Me comentó que durante unos años trabajó para un anticuario alemán afincado en Los Ángeles. Un hombre que se aprovechó de la juventud y belleza de Paula; aunque a cambio le proporcionó amplios conocimientos sobre libros antiguos, pergaminos, incunables, objetos de arte, muebles antiguos… Ese hombre quería retener a Paula prometiéndole que heredaría su tienda de antigüedades. Paula terminó por escapar. No quería marchitar su juventud en aquel vetusto ambiente y con un hombre dominante y sin escrúpulos.

Natalie hizo una pausa.

Prosiguió tras mesarse nerviosamente el cabello:

—Paula y yo realizamos un magnífico trabajo sobre las sectas satánicas existentes en California. Consultando infinidad de obras y testimonios. Muchos libros de difícil acceso. Libros prohibidos y malditos. El Diccionario Infernal. Los mandamientos de Satán, Entrada al Averno… Fue un trabajo emocionante… y aterrador. Resulta alucinante el contabilizar las fuerzas del Mal. Los poderes infernales depositados sobre los discípulos del satanismo. Todo ello, aunque se finge ignorar, está ahí. Satanismo y brujería. En los Estados Unidos. En Alemania. En Inglaterra…

Eddie Chapman encendió un cigarrillo.

Sin ocultar una mueca de escepticismo.

La muchacha continuó ajena al displicente Chapman.

—Fue un trabajo minucioso, Eddie. Libros, dibujos, grabados, fotografías, testimonios… Paula llegó a adquirir amplios conocimientos sobre demonología. Si identificó a Asfelgor…. es que realmente fue atacada por él.

—¿Hablas en serio, Natalie?

—Te he descrito a Asfelgor. Rostro cadavérico y enjuto, ojos rojizos, la cicatriz en la frente, los diminutos cuernos… ¿Existe algún mortal con esas características?

—Conozco a muchos hombres que llevan cuernos.

Natalie ahogó un suspiro.

Sin ocultar una leve sonrisa.

—Está bien... Puedes bromear. Es el escape de los ignorantes. Bromear sobre lo que se desconoce. Te diré algo sobre los... cuernos. Eso te demostrará que todo tiene una base. El diablo, después de seducir a Eva, le regaló sus dos cuernos. Eva los ofreció a su vez a Adán. De ahí la imagen de llevar los cuernos que se atribuye al marido engañado.

—Muy curioso. Oye, Natalie... ¿Por qué no comentaste con el teniente Bennett tu hipótesis sobre Asfelgor?

—No lo sé... estaba... estaba aturdida...

—¿No sería temor a que te encerraran en un manicomio? He estado con el teniente Bennett. Esta mañana. Me interesé por la marcha de las investigaciones. Han encontrado huellas en el apartamento. No huellas dactilares, pero si otras muy interesantes. Una especie de moho que...

—¿Moho?

—¿Ocurre algo, Natalie?

La joven había palidecido con intensidad. Entrelazó las manos para evitar que fuera visible su acusado temblor.

—No...

— Fue la obra de un sádico, Natalie. Un loco asesino. Los golpes propinados al rostro de Paula fueron realizados con un objeto contundente. Un objeto metálico y herrumbroso. Circular. El teniente Bennett, sin ánimo alguno de sarcasmo, dijo que parecía como si Paula hubiera sido coceada por una mula. Con una herradura oxidada. ¿Conoces tú al conde Stratten?

Natalie denegó con un movimiento de cabeza.

Como si fuera incapaz de articular palabra.

—Un individuo siniestro, según el teniente Bennett —siguió Chapman, exhalando una bocanada de humo—. Fue interrogado ayer. Poco después de que tú declararas que Paula había acudido a la mansión de Peter Stratten. Este manifestó que Paula marchó de su casa antes de lo previsto. Que tenía una importante cita y aplazaba su trabajo para el martes siguiente.

—Es extraño... Paula me dijo justamente lo contrario. Que pensaba quedarse hasta muy tarde para terminar de una vez con su trabajo para Stratten.

Eddie Chapman quedó en silencio.

Con la mirada fija en la vacía taza de café. Alzó los ojos para posarlas en la pálida Natalie. —Voy a echar un vistazo a la mansión de Peter Stratten. Te llevaré a mi bungalow y…

—No, Eddie —interrumpió Natalie, ahora con firme voz—. Voy contigo. También yo quiero conocer al conde Stratten.

* * *

Al abandonar la autopista y adentrarse por la comarcal de Lenzsville, el luminoso cielo pareció tornarse gris. Primero fueron unos nubarrones. Y poco más tarde, el cielo se encapotaba y una fina lluvia hacia su aparición.

Un atardecer grisáceo y amenazando tormenta.

La comarcal de Lenzsville quedó atrás.

Eddie Chapman detuvo el auto ante una bifurcación.

—¿Y ahora?

—Paula me comentó que la casa del conde Stratten se emplazaba en una colina —dijo Natalie—. Debe tratarse de aquel montículo del fondo…

Chapman reanudó la marcha.

El Mustang pronto comenzó a subir la colina. Por un sinuoso camino pródigo en vegetación. Escoltado por arbustos y rocas.

Eddie Chapman encendió los faros. Había una especie de penumbra. Una niebla envolvía la colina.

—Conde Stratten… Eso tiene gracia —sonrió Chapman—, Yo nunca he conversado con la alta nobleza.

—Paula y yo sentimos curiosidad por el conde Stratten. Consultamos archivos y libros heráldicos hasta remontamos al origen del primer conde Stratten. Un caballero de la corte del rey Jacobo I de Inglaterra. Durante su reinado se persiguió con dureza a la brujería y a los pactos con Satanás. El primer conde Stratten tuvo un fin trágico y macabro… Apareció decapitado y su cabeza no se encontró jamás.

—Bella historia.

Natalie sonrió.

—Leyendas. Y ciertamente interesantes. El abuelo de Peter Stratten tuvo que escapar de Inglaterra para evitar ser quemado en la hoguera por brujo demoníaco. Embarcó con grandes riquezas y se instaló en California. Peter Stratten es el último de los descendientes. Contrajo matrimonio un par de veces y en ambas quedó viudo. Sin

hijos. Con Peter Stratten acaba la dinastía.

Chapman correspondió a la sonrisa de la muchacha.

—Un primer conde Stratten combatiendo la brujería… y uno de sus descendientes escapando de la hoguera por sus prácticas satánicas.

—Eso es. Aunque no hay que dar mucho crédito a…

Natalie enmudeció.

Fue cuando el Mustang dobló una de las últimas curvas de la carretera.

Al quedar visible la mansión del conde Stratten. En lo alto de la colina. Cercada por Cipreses. Envuelta en la bruma. Siniestra y fantasma.

Eddie Chapman sacudió la cabeza.

—Por todos los… ¿y Paula se desplazaba hasta aquí todas las semanas? Parece la mansión de un vampiro.

—En verdad resulta tenebrosa… Debe ser la niebla… envolviendo esos Cipreses…

El auto continuó su escalada hasta coronar la cumbre y detenerse frente a la casa. La puerta de entrada a la mansión estaba abierta.

Eddie Chapman y Natalie descendieron del vehículo.

Intercambiaron una mirada.

Sin hablar, aunque ambos percataron el gélido vaho. Una atmósfera fría. Una helada brisa que les hizo estremecer.

Chapman forzó una sonrisa a la vez que dirigía una mirada a la casa.

—Bonita choza para un romántico *week-end*. En especial la tormenta. Allí debe estar instalada la suite nupcial.

—Hay… hay alguien en la torreta…

Eddie Chapman también reparó en ello.

El ventanal de la torreta se había iluminado súbitamente.

Chapman hizo sonar el claxon un par de veces para seguidamente encaminarse hacia la puerta. En compañía de Natalie.

Se detuvieron bajo el umbral.

—¿Sabes si dispone de sirvientes?

—Si… Creo recordar que Paula habló de una cocinera y un mayordomo.

Eddie Chapman se adentró en el living. Frente a él divisó el espacioso hall y la escalera que conducía a la planta superior. A la izquierda el pasillo. Y una de las puertas del corredor abierta. La iluminación procedente de la estancia se proyectaba en el pasillo.

Chapman avanzó a grandes zancadas.

Dejando que sus pasos resonaran con fuerza.

Llegó ante la abierta puerta. La estancia era un lujoso despacho biblioteca. Tras la mesa escritorio un alto sillón giratorio. Con el respaldo hacia la puerta de entrada. Había alguien allí sentado. Al menos su brazo izquierdo quedaba visible.

—¿Señor Stratten?… —inquirió Chapman, adentrándose en la estancia—. Soy…

Eddie Chapman enmudeció arqueando las cejas.

El individuo del sillón no había hecho ademán de girar hacia él. Como si no escuchara su voz o permaneciera dormido.

Chapman se aproximó al sillón.

—Señor Stratten…

Apenas rozar el sillón, éste comenzó a girar lentamente. Hacia Chapman. Con un tenue chirriar.

Si.

Había alguien allí sentado.

Un hombre de elegante vestimenta. Traje oscuro de excelente corte. Corbata de seda adornada con pasador de oro. Camisa color…

Imposible adivinar el primitivo color de la camisa.

Ahora era de un intenso rojo. Teñida por viscoso liquido. Un manantial de sangre que brotaba del cercenado cuello. Borbotones de sangre que empapaban la camisa, chaqueta…

Natalie, que había llegado bajo el umbral, profirió un desgarrador grito de horror. Contemplando alucinada el decapitado cadáver.

También Eddie Chapman tuvo que apoyarse sobre la mesa.

Pálido.

Sin apartar los ojos del ensangrentado cuerpo sin cabeza.

CAPITULO IX

Eddie Chapman reaccionó.

Recordando la súbita luz aparecida en el ventanal de la torreta.

El asesino todavía estaba allí. En la casa.

—La policía... ¡Llama a la policía, Natalie! —exclamó Chapman, corriendo hacia el pasillo—, ¡Y enciérrate en el despacho!

Natalie, pálida como la azucena, tenía las manos a la altura de la garganta. Las bellas facciones deformadas por una mueca de terror que todavía se mantenía en su rostro. Quiso responder a Chapman. Negarse a cumplir aquella orden. Consciente de que sería incapaz. Sólo consiguió balbucear.

Y Eddie Chapman ya corría por la escalera que conducía a la planta superior.

Su diestra se apoderó del Smith & Wesson.

Se detuvo junto a la baranda. Unos instantes. Para orientarse en el camino a seguir. A la derecha. A la derecha se emplazaba la torreta.

Chapman avanzó.

Ahora con lentitud.

Con el revólver firmemente en su mano derecha.

Divisó los tres escalones. Y la pesada puerta de entrada a la torreta. Una gruesa hoja de madera con extraño pomo semejando una serpiente mordiéndose la cola. La puerta entreabierta. Dejando pasar un resquicio de luz.

Eddie Chapman tragó saliva.

Se hizo a un lado mientras empujaba con el cañón del revólver la hoja de madera. Fue descubriendo la estancia. La repisa superior. Las diabólicas estatuillas. El altar...

El horror hizo vacilar a Eddie Chapman. Un espeluzno que le envolvió de pies a cabeza. Agrandó los ojos. Incrédulo y aterrado por aquella alucinante escena. El revólver tembló en su diestra. Una fuerte sensación de náusea se apoderó de Chapman. Quiso retroceder. Escapar de aquel horror.; pero continuó allí. Bajo el umbral. Como paralizado.

La estancia se convirtió para Eddie Chapman en una enorme mancha roja.

Una mancha de sangre.

La cabeza estaba allí. En el altar. Sobre un libro abierto. Una

cercenada y sangrienta cabeza. La cabeza de un hombre de avanzada edad. Con una indescriptible mueca en el rostro. La sangre, casi negruzca, trazaba regueros sobre las hojas del libro y el mármol del altar.

Y colgando del techo…

Un hombre y una mujer.

Engarfiados por la barbilla por descomunales ganchos. Como temeros en un matadero. Las vestimentas les identificaban como los sirvientes del conde Stratten. Se habían desangrado. Sangre que había ido goteando sobre un extraño circulo dibujado en el suelo. El garfio les desgarraba la carne paulatinamente. Los cuerpos se balanceaban como en una macabra y satánica danza ritual.

Fue un grito.

El desgarrador alarido de Natalie lo que hizo reaccionar a Eddie Chapman librándole de aquel espantoso espectáculo.

Corrió hacia la escalera.

Saltando los peldaños de tres en tres.

Natalie continuaba gritando. En desesperadas llamadas demandando auxilio. Desgarradores alaridos de terror.

Eddie Chapman llegó jadeante ante la puerta del despacho. Intentó abrirla, pero estaba cerrada con llave. Comenzó a golpear la hoja de madera.

—¡ Natalie!… ¡ Natalie!…

La única respuesta de la muchacha fueron sus angustiosos gritos.

Chapman retrocedió levemente. Apuntó con el revólver sobre la cerradura. Un solo disparo para seguidamente propinar un puntapié a la puerta. Esta se abrió con violencia. Encontró a Natalie en el centro de la estancia. Con la mirada hacia la entrada. El rostro desencajado y pálido. Temblando convulsiva.

Eddie Chapman trazó una rápida mirada por el despacho.

No había nadie con Natalie.

A excepción de… de el decapitado cadáver de Peter Stratten.

—¡ Maldita sea, Natalie!… ¿Por qué gritas? ¿Por qué no me has abierto la puerta? —Estaba… estaba ahí… Junto a la puerta…

—¿Quién? ¿De quién hablas?

—Yo… yo cerró la puerta —tartamudeó la muchacha—. Tal como tú me indicaste… Me disponía a telefonear a la policía… cuando sonó una voz… a mi espalda… Una voz ronca y gutural… una voz que no parecía humana… Y entonces le vi… ahí… junto a la puerta… cerrándome el paso… Era… era… Asfelgor…

Eddie Chapman hizo una mueca.

—¡Por favor, Natalie!... ¡Sé razonable!... Aquí no había nadie. Si te sugerí que cerraras con llave fue precisamente para evitar que fueras atacada mientras yo subía a la torreta. —Era... era Asfelgor... Recitó una oración al Señor de las Tinieblas... Al todopoderoso Satán...

—No te culpo, pequeña. Yo mismo empiezo a dudar de lo que acabo de contemplar con mis propios ojos en la torreta. Todo es... es demasiado aterrador.. Monstruoso...

—¿Se trata de...?

Natalie no se atrevió a girar hacia el decapitado cadáver que reposaba macabramente en el sillón.

—Es el conde Stratten. Le he identificado por ese cuadro.

—¿Quieres decir...?

—Si. Natalie. La... la cabeza está arriba. Junto con los cadáveres de los dos sirvientes. —Dios mío...

Eddie Chapman tomó a la muchacha por el brazo.

—He visto un teléfono en el hall... Vamos. Esperaremos fuera de la casa la llegada de la policía. El teniente Bennett no se alegrara de volver a verme.

Acompañó a Natalie hasta el auto.

Eddie Chapman, después de comunicar con la policía, retomó junto a la muchacha. Esta fumaba nerviosamente un cigarrillo. Sin controlar el visible temblor de sus manos. Todo su cuerpo presa de convulsiones.

—¿Tienes frío, Natalie?

—Eddie... tienes que creerme... Era Asfelgor. Sólo que ahora ya no tenía la mano amputada. Tenía sus dos manos. Y también el diabólico anillo.

Chapman parpadeó.

—¿De qué estás hablando?

—La última reencarnación registrada en los libros prohibidos sobre Asfelgor data de principios del pasado siglo. En Inglaterra. Tomó forma humana, aunque con un aspecto monstruoso... Era como un cadáver viviente. Aterrorizó la comarca. Celebrando demoníacas orgías, endemoniando a sus habitantes, aumentando sus discípulos a los que arengaba en sembrar el odio, la destrucción, la muerte... Violación de muchachas, sacrificios de niños... Nada parecía acabar con Asfelgor. Su anillo serpentino le hacía invencible. Un día, en feroz combate con cazadores de brujas, le fue amputada la mano derecha con un golpe de espada. Asfelgor fue retirado sin vida por sus discípulos. Momificaron su cadáver. Alguien, en aquel campo de

batalla, se apoderó de la mano de Asfelgor. Con el anillo. Desde entonces se perdió el rastro, pero hay leyendas que hablan de orgías satánicas en honor de Asfelgor. Sus seguidores se multiplicaron por doquier. Los ritos a Asfelgor son celebrados con violaciones, desenfrenadas orgías, los más aberrantes actos sexuales, la brutalidad más cruel... Los más bajos instintos del hombre ensalzados por un individuo que mostraba en su diestra el anillo de Asfelgor. Luego desapareció. Nunca más se volvió a ver ni hablar de ese individuo poseedor del diabólico anillo. Pero sí proliferaron los cultos a Asfelgor.

—¿Y qué? Por supuesto que existe el culto a Satanás. Sylvia Jones, la diosa de Hollywood, se ha confesado entusiasta de las misas negras y la adoración al Diablo. Está de moda.

—Yo he visto a Asfelgor —replicó Natalie, angustiada — . A poca distancia de mi... Con sus llameantes ojos rojizos... Igual al momificado... Al que se venera en el Templo de Asfelgor. Aquí. En San Francisco. Fui a ver a ese templo... Para redactar el dossier sobre las sectas existentes en California... Pude contemplar a Asfelgor. En su pedestal. Momificado. Con el brazo derecho amputado a la altura de la muñeca... Un muñón... un muñón metálico, circular, enmohecido...

Chapman sintió un nudo en la garganta.

—¿Has dicho... enmohecido?

—Si, Eddie . El Asfelgor que he visto... estaba en el templo. Es el mismo. Se dice que se trata del cadáver momificado en el siglo pasado... en Inglaterra... Conservado por sus discípulos y trasladado a California.

—Es... es absurdo...

—No estás hablando con una torpe ignorante, Eddie. Las escenas de horror vividas no me han impresionado hasta el extremo de hacerme delirar. Te recuerdo que soy experta en demonología. He visto a Asfelgor. Reconozco que es...

Chapman accionó la puesta en marcha del Mustang.

El rugir del motor hizo respingar a Natalie.

—Eddie..., ¿qué haces?

—Vamos a San Francisco.

—Pero... La policía... El teniente Bennett...

—Ya hablaremos con él —dijo Chapman, con dura voz—. Esto quiero solucionarlo. Salir de dudas en tu fantástica hipótesis. Quiero contemplar con mis propios ojos a Asfelgor. Vamos a visitar su templo.

CAPITULO IX

En Shea Road. En las afueras de San Francisco. Una especie de barracón. Un hangar con extraños signos cabalísticos en la fachada. Letras de grandes moldes. Templo de Asfelgor. Uno más en la populosa ciudad de San Francisco. Ciertamente proliferaban en California. Sectas para todos los gustos.

Eddie Chapman detuvo el auto.

Shea Road era una calle de reducida iluminación. Solitaria. La noche parecía allí más tenebrosa. Más lúgubre. Más siniestra y oscura.

—¿Tienes miedo, Natalie?

—Sí...

—Perfecto —sonrió Chapman—, Ya somos dos. Puedes quedarte aquí. Yo sólo echaré un vistazo y...

—No. Voy contigo.

—De acuerdo...

Descendieron del auto.

Encaminando sus pasos hacia el barracón.

Una puerta de doble hoja servía de entrada al hangar. Permanecía cerrada. Era visible un llamador de anilla. Semejando una serpiente enroscada.

—No es la primera vez que veo una serpiente similar... Fue en la torreta —dijo Chapman—. En el pomo de entrada.

—Es el emblema de Asfelgor. Una serpiente mordiéndose la cola —murmuró Natalie—. También su infernal anillo es serpentino. Con grabados que encierran gran poder para su poseedor.

Eddie Chapman tiró del llamador.

Y al instante se escuchó un tenue crujir. Como el deslizar de una cerradura. Una de las hojas de madera se entreabrió.

—Bien... Parece que nos estaba esperando.

—Eddie...

—Tranquila, pequeña —sonrió Chapman, apoderándose de su revólver—. Ni el mismísimo diablo resistiría un balazo entre ceja y ceja.

Eddie Chapman empujó la entreabierta hoja.

Al adentrarse en el interior del barracón, con una temblorosa Natalie pegada a su espalda, se encontró cercado por rojos cortinajes. Había una mesa con una bandeja donde se depositaban los donativos. También un quinqué de mortecina y vacilante llama.

—El... el cortinaje del fondo —dijo Natalie—. Conduce a la sala... Lo recuerdo de mi anterior visita. No conseguí información alguna de la secta. El hechicero estaba en trance. Eso me comunicaron los discípulos.

—¿El hechicero?

—No recuerdo su nombre... Fueron muchas las sectas visitadas para completar el dossier. Si recuerdo que el Templo de Asfelgor era dirigido por un hechicero. En otras sectas se denominan profeta, adorador, mago, elegido...

Eddie Chapman apartó el cortinaje con el cañón del Smith & Wesson.

Descubrió la sala.

Espaciosa.

Iluminada con antorchas. Infinidad de antorchas que colgaban de las paredes. El crepitar de las llamas resultaba siniestro. Extendiéndose como en un eco. Resultando casi ensordecedor.

En el centro de la sala, igualmente rodeado de antorchas, se alzaba el pedestal. Y sobre la piedra...

Chapman se aproximó.

Como hipnotizado.

Con los ojos fijos en la macabra figura. Un cadáver momificado. Al menos eso parecía. Un rostro cadavérico y descamado. Las cuencas de los ojos dos esferas rojizas. Dos diminutos cuernos en las sienes. Las orejas puntiagudas... Sus manos no eran iguales. Una de ellas, la derecha, estaba cosida a un negruzco muñón. Aquella mano parecía mejor conservada que la izquierda. Como si hubiera resistido mejor el paso de los años. Ambas manos sí estaban ligeramente engarfiadas. Con largas y afiladas uñas. El moho impregnaba sus ropas. Su acartonada piel...

—Es... es él... Así le vi en la casa de Stratten —musitó Natalie, casi sin aliento—. Es él...

—En efecto, Natalie —dijo súbitamente una voz que pareció surgir de todos los rincones de la sala—. Asfelgor se dignó a comparecer ante ti.

Eddie Chapman giró con rapidez.

Su diestra hizo que el cañón del revólver realizara un movimiento de abanico.

Descubrió al individuo. Vistiendo una larga túnica. La cabeza rapada. Un hombre joven. Extremadamente delgado. De salientes pómulos que acentuaban su enteco rostro. Estaba descalzo. Avanzó hacia el centro de la sala. Con suavidad. Como si se deslizara sin pisar

el suelo.

—¿Quién eres? —inquirió Chapman, secamente—. ¡No des un solo paso más!

Una sonrisa se reflejó en el enfermizo rostro del individuo.

—Soy Malcom Clarke, hechicero y guardián del templo; aunque por poco tiempo. Con vosotros sumaré... seis. Si. Eso es. Seis. Sólo faltará una. Siete son las victimas que debo ofrecer a Asfelgor. Y entonces... entonces el espíritu infernal de Asfelgor se reencarnará en mí. Yo seré Asfelgor.

Chapman asintió.

—Okay. Creo que comprendo. Y de seguro también el jurado. Tienes suerte, Malcom. No serás condenado a muerte. Permanecerás el resto de tus días en un bonito manicomio.

El individuo rió en gutural carcajada.

—¿Me consideras un toco?... Pobre infeliz... Tú sí has sido un loco al entrar aquí... Tú y la muchacha... Mira... Mirad mi mano... Este es el anillo... el anillo de Asfelgor... El anillo que me conviene en el hombre más poderoso y temible del mundo... Sembraré el caos y la destrucción...

Eddie Chapman dirigió una despectiva mirada al anillo serpentino que figuraba en la diestra del individuo.

— Un anillo mágico, ¿eh? Te felicito.

—¿Mágico?... ¡Infernal! Fue otorgado por Satanás a su fiel Asfelgor. Durante años y años permaneció oculto. Acaparado por los Stratten. Los malditos Stratten... Asfelgor les protegió con su bendición infernal. En recompensa por salvar la amputada mano. Fue un Stratten quien la rescató del campo de batalla... Los

Stratten siempre gozaron de esa protección... Más de un siglo de afanosa búsqueda... todos los discípulos de Asfelgor tras el anillo diabólico... Sin éxito. Era imposible. Los Stratten guardaban bien su tesoro. En un altar. Con los signos infernales de protección. Con el cráneo del primer Stratten convenido al satanismo sobre el libro de oraciones infernales. Los descendientes del primer Stratten, decapitado después de su conversión, se dedicaron en cuerpo y alma al Señor de las Tinieblas. Al igual que yo... Yo he sido el más fiel servidor de Asfelgor, pero me faltaba el anillo... Ahora es mío... como recompensa a mi total dedicación... Y Peter Stratten ha sido castigado.

—Tú te encargaste de ello.

El individuo volvió a reír.

Satánico.

—Sí... Al permitir que manos sacrílegas tocaran la amputada

mano de Asfelgor, toda protección desapareció sobre los Stratten. Por supuesto que Peter Stratten tenía poderes para recuperar la reliquia, pero yo me adelanté a él. Mi mente captó el lugar donde se encontraba la mano sagrada. En poder de una muchacha llamada Paula Randner. Acabé con ella. Asfelgor acabó con ella. Ya he comunicado la buena nueva a todos los discípulos. Ellos divulgarán la noticia a los incrédulos seguidores que habían dejado de acudir al templo. Ahora si acudirán. Ahora sí se manifestará todo el infernal poder de Asfelgor. Siete victimas… Siete sacrificios sangrientos y seré realmente Asfelgor. Su reencarnación.

—Paula, Stratten, los dos sirvientes… Ahí terminas, Malcom. Ya es bastante para tu locura.

—Perro incrédulo… te burlas del poder de Asfelgor… del poder de los infiernos… Yo te demostraré lo contrario… Yo te conduciré a los abismos de las tinieblas eternas… ¡Asfelgor!… ¡Asfelgor!…

Natalie gritó.

En aterrado alarido.

La figura, el momificado cadáver, estaba alzando su brazo derecho. Extendiendo su engarfiada mano hacia Chapman. En el cadavérico rostro destellaron las rojizas esferas de los ojos. Como diminutas bolas de fuego.

Eddie Chapman giró.

Parpadeó estupefacto.

Sin comprender el desgarrado grito de Natalie y su mueca de terror.

No hizo pregunta alguna. Malcom Clarke avanzaba hacia él. En su diestra un descomunal cuchillo de larga y ancha hoja.

—Atrás, Malcom… Atrás o te vuelo la cabeza de un balazo…

—¡Adelante! —rió el individuo alzando su brazo armado—. ¡Dispara!… ¡Nada puedes contra mi!… ¡Nada puedes contra Asfelgor!…

Eddie Chapman apretó el gatillo.

Y palideció al oír el chasquido.

El arma se había encasquillado.

Eddie Chapman se hizo a un lado. Esquivando la acometida del individuo. Como en sus mejores tiempos de jugador de béisbol. Y Malcom Clarke, cuchillo en alto, trastabilló cayendo sobre las antorchas que cercaban el pedestal. Incendiando de inmediato su túnica.

Comenzó a aullar.

Revolcándose por el suelo convertido en antorcha humana. Chocó

contra el pedestal haciendo caer el ídolo. También se incendió. En voraz y súbita llamarada. Como si brotara de allí todo el fuego del Averno.

EPILOGO

Eddie Chapman empujó el carro donde se depositaba la máquina de escribir. Se incorporó comenzando a pasear por la estancia.

—¿Qué te ocurre. Eddie?

—No puedo, Natalie… No puedo escribir. Esto es diferente. Es una historia irreal, no creo en ella.

Natalie esbozó una sonrisa.

—¿No crees?

—¡No, maldita sea!

—Tienes miedo, Eddie. Eso te ocurre. Tienes miedo de narrar los hechos. De contar lo que realmente sucedió. Te resistes a creerlo, pero tú sabes que todo aconteció realmente.

Chapman ahogó un suspiro.

—Malcolm Clarke, Asfelgor… La policía descubrió en el domicilio de Malcolm maquillajes, postizos, lentejuelas rojizas, el muñón metálico enmohecido… Malcolm se disfrazó de Asfelgor. Era un loco. Un demente adorador del Diablo que soñaba con ser Asfelgor y organizar orgías; pero… ¿cómo pudo presentarse ante ti y desaparecer como un fantasma?

—Ya te lo he dicho. Eddie. Malcolm Clarke era un individuo dotado de extraordinarios poderes mentales. He conocido a hombres así. De elevados poderes psíquicos. Les he visto en asombrosos fenómenos de telequinesia… Desplazando objetos sin causa física observable. Levitación, fabricación de imágenes irreales… Sucesos paranormales. Malcolm estaba en posesión de esos poderes. Y no me sorprendería que fueran otorgados por el mismísimo Satanás. Lo cierto es que… detectó la amputada mano con el anillo y empezó su orgía de sangre.

— La policía ya tiene su versión de los hechos. Ben Williamson y Paula. Ben envenenado por los arañazos de un gato encontrado en la mansión de Stratten. Y Paula…

El rostro de Natalie se ensombreció.

—Su muerte debió ser horrible… Aunque Malcom fuera disfrazado de Asfelgor. De seguro horrorizó a Paula al máximo. Con todo tipo de alucinantes escenas. Diabólicas. Tal como me hizo ver a mi… Yo

estaba realmente frente a Asfelgor. Estaba allí. En el despacho. Podía oír su voz. Al igual que cuando me hizo ver mover el momificado cadáver... Mi mente estaba siendo dominada por Malcolm. Me hacía ver todo el terror que él deseaba.

—Yo no vi mover la momia.

—El poder mental de Malcolm se centró en aquel momento sobre mi; aunque luego sí encasquilló tu revólver. Fue él. No lo dudes, Eddie. A ambos sí nos hizo ver luz en la torreta. Sin duda Malcolm estaba cerca de la mansión... escondido entre los Cipreses... Deseando alejarnos de allí...

Chapman asintió.

—Es... es una historia fantástica y demoníaca. Tal vez termine por escribirla. Me gusta. No tiene un final feliz. Mejor aún... no tiene final.

—¿Por qué dices eso? Malcolm quedó convertido en cenizas. Al igual que la momia. Fuera o no el cadáver de Asfelgor. Todo el barracón pasto de las llamas.

—La policía no encontró el anillo de Asfelgor. No estaba en el carbonizado cuerpo de Malcolm. ¿Qué fue del anillo, Natalie?

Una tenue palidez se apoderó de las facciones de la joven.

—Pues... era un barracón inmenso... es fácil que pasara desapercibido... entre los escombros...

—¿Crees eso. Natalie?

Se miraron a los ojos.

—Quiero creerlo, Eddie —murmuró la muchacha — . Quiero creer que el satánico anillo de Asfelgor no será jamás recuperado. Si..., eso quiero creer.

Chapman tomó entre sus brazos a la joven.

—Voy a necesitar tu ayuda para escribir la historia, Natalie.

—Estoy contigo. Eddie.

Eddie Chapman besó los gordezuelos labios femeninos. Y Natalie correspondió. Ambos se olvidaron de la historia de horror, sangre y muerte.

Estaban iniciando una historia de amor.

FIN

PUNTO ROJO

intriga...

PUNTO ROJO

ROJO

misterio ...

ROJO

suspense...

ROJO

acción ...

ROJO



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA 60 PTAS.

Impreso en España